

Trabajos de los miembros de *letra*

Autorización del analista (o el analista como traficante) - Alberto Marticorena

“Creo que cada cual está dominado por preferencias hondamente arraigadas en su interioridad que, sin que se lo advierta, son las que influyen cuando se especula. Habiendo razones tan buenas para la desconfianza, no se puede adoptar sino una fría benevolencia hacia los resultados del propio esfuerzo conceptual.”
(S. Freud, “Más allá...”)

Buenas tardes. Agradezco a la EFA la invitación que me hiciera llegar para participar de esta Jornada.

Una pregunta abierta por J. Lacan es la que convoca: la de plantear la cuestión de la autorización del analista, en ruptura con los desarrollos establecidos por la institución internacional que fundara Freud, de las regulaciones ordinarias de la vida de grupo según el eje de las leyes de la competencia, sobre lo que hay sobrada literatura y experiencia. No es que la cuestión de la formación de los analistas y su habilitación profesional fuera ajena a las preocupaciones de la IPA; hay un gran número de congresos, coloquios y publicaciones que trataron del análisis didáctico, del egreso de los candidatos de los institutos, de los problemas del reconocimiento de los analistas. Pero no en el sentido de la autorización, que es un asunto nuevo. Proponerlo revela un estado de cosas e instituye uno nuevo en el que la cuestión del analista queda sin sus soportes previamente admitidos. Ese gesto abre el camino a un trabajo por realizar, trabajo del que esta misma Jornada, es un testimonio, todo lo fragmentario que se quiera, que resulta de plantear las dificultades de una práctica en cuanto al estatuto del practicante mismo. El eje, el foco, no está puesto en una pretendida ortodoxia del encuadre, ni en las consecuencias y los efectos de un análisis, ni en las formulaciones de la doctrina, ni en los reparos institucionales que pretenden asegurar el lugar del analista.

Partiré de proponer que la autorización forma parte del concepto de acto analítico, concepto que precisa lo que es propio de la operación que hace eficaz un psicoanálisis. Para sostener esa operación J. Lacan propuso una función: deseo del analista. Es un programa que anuncia explícitamente en “La dirección de la cura...”: “Está por formularse una ética que integre las conquistas freudianas sobre el deseo: para poner en su cúspide la cuestión del deseo del analista.”

Propuesta que, además de tomar el sentido de un programa de desarrollo, o evolución, y revolución teóricos, indica que el deseo del analista se hará principio y soporte del descubrimiento freudiano, a la vez que fundamento de su práctica.

Al analista se le reserva un saber-hacer-con: con la castración, con la falta de objeto, con un goce imposible, con un saber en fracaso, con un real que resulta desprenderse de la experiencia del saber. Versiones que corresponden con referencias (saber referencial) a distintos desarrollos de la teoría, pero que mantienen un eje: saber-hacer que difiera de aquél que resulte en nuevas formaciones sintomáticas como retornos de lo reprimido. Hay no-saber del acto del analista, acto que lo destituye de la suposición en que se hallaba propiciando el hacer analizante. Esto implica una afirmación de ex-sistencia sobre la falta, el agujero, el vacío, que sostiene la ocurrencia contingente de la acción analítica.

Un hacer que no se sostiene de, ni sostiene un saber, sino que se funda en un “pensar en”. En el Sem. XIII, “El objeto del psicoanálisis”, J. Lacan propone que la formación del psicoanalista trata no sólo de que haya sujetos que saben de su división, esto es de su condición deseante, sino de que sean sujetos para los que esa división sea algo “en lo que piensan”, que no puedan desconocer que cuando saben como psicoanalistas están en una posición dividida. Una distinción entre saber y pensar, en la que el saber está pronto a obturar un pensar que es causar la intervención significativa. Es un sentido de la reflexión freudiana puesta como epígrafe, la que da ocasión para un tiempo de volver a fundar.

Que analista corresponda estrictamente al nombre de la falta, conlleva que de él no haya representación, excepto que sea sintomática. Tropezamos con lo que no sería de la apariencia, lo que nos deja el recurso, o a la escritura formalizada (Discurso Analítico, Nudo Borromeo) o al rodeo poético (y sus particulares efectos de escritura).

Es por eso que analista se constituye como un lugar de máxima dificultad, en tanto que se intente hablar de él. Es lo que han tratado de resolver las sociedades analíticas, desconociendo el problema. Arista del asunto retomada por Lacan (cf. Sem. XXIII). “Es el psicoanalista, no el psicoanálisis, el que es un *sinthoma*”, en tanto que responde, que se hace responsable por lo real del inconciente.

Voy a volver sobre este aforismo, ya trabajado hoy en otras presentaciones. Que “el analista no se autoriza más que de sí/él mismo” no quiere decir auto-autorizarse. Si de esto se tratara vendría mejor un “por”, marcando una suerte de reflexividad. “De” es objetivo, indica procedencia, desde dónde, o quién, o qué. “Mismo” (él/sí) refiere al ser (esencia, identidad, *quididad*), que tratándose de analista no puede entenderse sino como falta-en-ser. Entonces, parafraseando y con prisa, “el analista no se autoriza más que desde su falta”. La del analista no podría ser una autorización como otras, esas para las que se extiende un certificado de habilitación que posibilita el ejercicio de cualquier actividad, la que sería enseñable, con lo que podrían tomar pruebas del saber adquirido.

“Cuál sería el fin de una operación que seguramente tiene que ver, al menos al principio, con la verdad, si la palabra "ser" no fuera evocable en su horizonte. ¿Lo es para el analista? A saber aquel que es supuesto, recordémoslo, haber atravesado ese recorrido sobre los principios que supone y que son aportados por el acto del psicoanalista...”

... lo que hace el estatuto del analista es en efecto una vida que merece ser llamada vida privada, es decir el estatuto que se da es propiamente en el que mantendrá (está construido para eso) la autorización, la investidura del analista, su jerarquía, el ascenso de su gradus, de forma tal que al nivel en que, para él eso puede tener consecuencias, esta función la suya, la más escabrosa de todas que es la de ocupar el lugar de ese objeto (a), le permite conservar sin embargo estables y permanentes todas las ficciones más incompatibles con lo que resulta de su experiencia y del discurso fundamental que lo instituye como hacer.” (Sem. “El acto analítico”, 27-III)

Y sobre el “algunos otros”, desde el trabajo de Clelia de esta mañana, lo que escuché que se podía desprender de él, me permitió volver a pensar algo que tengo escrito sólo como indicación para abrir alguna discusión: esos “otros” bien podrían ser “algunos” analizantes que hagan soporte al punto de la autorización. Creo entender, a partir de lo que se dijo en otra mesa, que el que haya analizante es condición necesaria, no suficiente, para que ocurra esa autorización.

En su “Prefacio a la edición inglesa del Seminario XI” (es de los tiempos del Sem. XXIII) Lacan insiste en preguntarse por la razón específica que sostendría “el estatuto de una profesión recién llegada a la hystoria”. Viene haciendo mención a la historia, a la fundación del psicoanálisis por un “solitario”, y que hoy “se practica de a dos”. El juego de sustituciones que hace entre *hystoria*, *hysteria* y *autorización*, permite leer que hay que diferenciar entre el analista-profesional, el que “se instala para recibir unos pesos y responder a las necesidades de quienes están a su cargo”, el analista confirmado por una jerarquía, y el analista- *sinthoma*, el que trafica con la función llamada inconciente para quien “el espejismo de la verdad, del cual sólo puede esperarse la mentira (lo que cortésmente se denomina la resistencia) no tiene otro término que la satisfacción que marca el final del análisis.” Quiero destacar esta referencia a la histeria, no a la psiquiátrica, sino a la inventada por el psicoanálisis, al discurso histérico, cuando expresa que “el analista sólo se *hystoriza* de sí mismo”.

Bueno, voy a interrumpir aquí, es el tiempo. Dejo para después dos referencias que son historia e *hystorización*.

En una carta fechada en Viena, 12-06-00, Freud le escribe a W. Fliess. “Por lo demás, la vida en Bellevue es muy agradable para todos...Crees que en esta casa podrá algún día leerse una placa de mármol que diga así?: *Aquí, el 24 de julio de 1895, se le reveló al Dr. Sigmund Freud el enigma de los sueños.* Por el momento parecen escasas las perspectivas de que ello ocurra.”

Freud se encuentra solo, aunque cuente con otros con los que estar y a los que escribir. Solo con su causa, la que se le reveló con el análisis de los sueños. No hay, aunque fuera su anhelo y lo espere, el reconocimiento de algún Otro que lo invista. Por el contrario, le llega la condena silenciosa o la apreciación ofensiva (carta 138) como respuesta a la publicación del libro de los sueños. Pero ya ha decidido, con el “sueño de la inyección de Irma”, marcar lo que allí mismo produce, la puesta en forma del enigma de la sexualidad. Se sostiene en lo que ha causado su obra, y no de lo que resulta del ponerla en circulación, de su paso problemático a la cultura.

Lacan en 1964, el 21 de junio. “Fundo – tan solo como siempre lo estuve en relación con la causa psicoanalítica – la Escuela Francesa de Psicoanálisis...” También solo, y es bien claro que no se refiere a pocos o muchos otros, amigos o adversarios, que los habrá tenido. Especifica claramente: en relación con la causa psicoanalítica. En el campo que Freud abrió se trata de restaurar “el filo cortante de la verdad”; “el filo cortante”, su modo de nombrar ahí la causa.

Para acentuar el paralelismo, dos momentos privilegiados de fundación, en los que el sujeto se habrá encontrado dividido entre una verdad que lo ha alcanzado y un saber a construir, en la brecha en la que confronta con S de A-barrado, en la que no hay A que responda con su reconocimiento, y de donde “habré de advenir Yo” (si el Ich es entendido como la combinatoria significante). Es un lugar temporal marcado por el “casi” en la frase que profiere Lacan en el Sem. XI: “el arte de escuchar equivale casi al de bien decir”.

De ese instante puntual de división a franquear es de donde se autoriza el analista. Esto no es plantear un ideal de “espléndido aislamiento”. Pero de vez en cuando nos ocurre encontrarnos con la sorpresa del descubrimiento, y en ese punto nos encontramos solos. Enseguida buscamos compañía; queremos saber, escribimos, lo contamos a alguien. Por el hecho de poner en palabras se puede imaginar que se está en vías de colmar, o de suturar esa apertura, en lo que se desconoce que sólo se vuelve a recortarla en otra versión.

La presencia del analista es una manifestación del inconsciente ((Forum de CVG, marzo de 2006) – Enrique Tenenbaum

Ya hemos planteado y articulado cómo la actualidad de la experiencia freudiana (1) es arma eficaz para hacer frente a los desvaríos de las pretendidas nuevas terapias que pretenden la existencia de las llamadas nuevas patologías, hechas a su medida (2).

Hoy, *Posición del inconsciente*, a más de 40 años de producido su texto, resulta igualmente actual. Y no sólo porque recoge de un modo que no resiste ninguna *aufhebung* -es decir: de un modo insuperable- el acabamiento de la formulación de l' inconsciente tal como Freud la asentara en *Lo Inconsciente*, sino también porque da batalla en el lugar preciso en el que fue necesario darla.

Fue y es, ya que hoy, aun hoy, afirmar que l' inconsciente no es un atributo sino una hipótesis no es un anacronismo, como se pretende, sino aun... un atrevimiento.

Un atrevimiento que, al no tener la ambición de poner en foco para su consideración ningún recurso a la evidencia, al no sufrir la tentación de tergiversar sus resultados para conformar protocolos acordes a las exigencias de los medios de producción y exacción capitalistas, no requiere encontrar otro lugar para su expresión que el que le concierne: la experiencia del análisis.

Sin embargo, su puesta en discurso va más allá de lo que llamamos el psicoanálisis en intensión, y es menester, si queremos sostener el avance del tratamiento de las cuestiones cruciales del psicoanálisis, como es el propósito declarado de CVG, es menester –decía- ajustar nuestras precisiones -en el debate y la confrontación con otras agrupaciones de analistas, pero en el seno de nuestro movimiento también - y delinear con firmeza de qué modo consideramos la relación entre la hipótesis de l' inconsciente y la presencia del analista.

Afirmamos, entonces, que la *hipótesis de existencia de l' inconsciente*, como la llamara Freud en 1915 al plantearla no sólo como legítima sino también como necesaria, es –por otra parte- indiscernible (3) de la presencia del analista. La misma presencia del analista es una manifestación del inconsciente. Otro sería nuestro campo de presumir un inconsciente positivo, un observable exterior a la transferencia.

Y, sin embargo, presencia del inconsciente y presencia del analista no se recubren por completo. Es necesario poner en consideración a la pulsión, tanto porque es también en términos pulsionales que el analista responde, como por cuanto, si hay escritura del sujeto, la habrá en la hiancia común a la pulsión y a l' inconsciente, según nuestra lectura del *Seminario XI*.

Si no es en relación a la pulsión, como lo señalara Lacan en *Momento de Concluire*, la hipótesis de lo inconsciente restaría como mera extrapolación y justificaría todo empeño para imponer que entre un significante y otro se aloje, no la organización económica de la vida sexual, sino cualquier pretendida secuencia causal.

Subrayemos ahora que, si la presencia de lo inconsciente resulta indiscernible de la presencia del analista, cabe entonces considerar qué pertinencia tendría dicha presencia al ser tomada en el sentido estricto que damos al psicoanálisis en extensión: la reunión de analistas en tanto comunidad de experiencia.

Es que la presencia del analista, ubicada en ese campo, reviste el carácter de impudicia, a menos que se entienda y se restrinja dicha presencia a "... su efecto de influencia teórica, marcada, precisamente, por la falla de la teoría" (4).

Que dicha falla de la teoría –entendida como caída del saber- devenga síntoma por un giro discursivo (5) que ubique a dicho saber en el lugar de la verdad, tal como se especifica en el discurso del analista, es lo que dará a esa presencia su valor.

Pero ese valor, aclara Lacan, lo tomará a condición que la presencia – indispensable para producir el giro- termine por borrarse. Sólo borrándose tomará efecto de influencia teórica, como sólo borrándose tendrá incidencia política el acto analítico.

La invitación, pues, es a tomar en consideración los alcances del término *presencia del analista* cuando del análisis en extensión nos ocupamos.

1 El trabajo de **letra**, *Institución Psicoanalítica* de los años 2000-2002

2 Tema central de **lalengua** en el número 2, Bs. As. 2005

3 Tomo para este término la siguiente definición de diccionario: *Indiscernibles son dos términos que no se pueden distinguir por sus diferencias*, diferencias que no se anulan.

4 Lacan. *Discurso de clausura de las Jornadas sobre Psicosis Infantil*, de 1967 y agregado de 1968

5 Lacan. *Radiofonía*

La transmisión del psicoanálisis – Diana Vijnovsky

Bueno, antes que nada quisiera aclarar que éstas son algunas puntuaciones que pude pensar gracias al trabajo interesante y placentero que realicé con mis compañeras de grupo: Alicia Fukelman, Patricia Hanono y Ana Lanfranconi en el curso del año pasado que se entrecruzó para mi, con lecturas y trabajos que comenzamos a hacer en y para “la Comisión de Enseñanza”. En este sentido quisiera destacar algunas frases de la presentación que Enrique Tenenbaum hace de su seminario: “Estructuras del Psicoanálisis en extensión”: “Hay otras escrituras a las que propongo llamar escrituras del psicoanálisis en extensión. Éstas suponen la dimensión de la conversación, tal como Lacan la introduce en el seminario “Le Sinthome” bajo la forma del diálogo, diálogo fecundo que arriba a una escritura a la cual la cogitación solitaria no llega. Se ubica así la producción del escrito como efecto de la practica de la Institución psicoanalítica y de la transmisión del psicoanálisis”.

En este sentido quisiera decir algunas pocas cosas en torno al dispositivo cartel, inventado por Lacan. Bueno, como todos saben, tiene una función que es la del +1, que puede estar encarnada en cualquiera, no hace falta que sea alguien en especial, y la tarea de este +1 estaría vinculada a disolver los efectos de grupo y a generar transferencias de trabajo, fundamentalmente sobre los textos. Éste es el dispositivo, y nosotros tenemos grupos acá en *letra*, y yo en lo personal no creo que atenerse estrictamente a la forma del dispositivo cartel garantice que ahí se produzca la transmisión del psicoanálisis, etc, etc.

Pero creo que de esto se trata en la tarea que hacemos en los grupos.

Estando en vías de transitar la lectura del seminario “De un discurso que no sería de la apariencia” me interesó averiguar y repensar en torno a que lo que se transmite en psicoanálisis es finalmente un “matema”, un escrito. Hasta aquí aparecerían como teniendo un mismo estatuto “matema” y escrito.

Lacan en muchas ocasiones cuando habla de escrito, habla de sus “Escritos”; en el seminario 21 y más específicamente en la clase del 13 de Enero del `71, en el semblant dice: “recuerden mis términos en la época en que titulaba una cierta relación de la función y del campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis: íntersubjetividad escribía entonces. Y Dios sabe a qué falsas huellas un enunciado como éste puede dar ocasión”.

Digo, me pregunto, ¿es que un matema, un escrito se puede interrogar? ¿Se puede rectificar el saber textual?. Pareciera que sí, él lo hace en estas citas cuando se disculpa en relación al concepto de “intersubjetividad”. Sin embargo en el semblant él ubica el escrito como vía de acceso a los grafos (matemas); no hay que confundir la letra con el significante. El escrito es un conjunto de significantes que permiten entender como vía de acceso los matemas. Ubica la letra como lo ilegible o lo que no está hecho para ser comprendido, el sin sentido, y al mismo

tiempo como borde en el agujero en el saber (saber no sabido) en este sentido la letra haría litoral entre goce y saber. Es decir que estamos hablando del inconsciente irreductible, en tanto inscripción, trazo, articulado a la repetición como identificación de goce.

A partir de 1972 Lacan hace la distinción entre todo discurso que ignora su propia causa, es decir lo imposible (o lo real) a partir de lo cual se constituye. Este imposible es el de la relación sexual que no cesa de no escribirse. Lugar al que va el significante falo, que es el significante que designa el conjunto de los efectos de los significantes en el sujeto. A partir del cual se despliega lo que conocemos como plus de gozar o goce falico (En el semblante él habla de la Bedeutung del falo). Lacan va a llamar a la escritura “huesos” de los cuales el lenguaje sería la carne, y es en eso que la escritura demuestra que el goce sexual no tiene huesos. El dice: “Pero la escritura, ella, no el lenguaje, da huesos a todos los goces que, por el discurso resultan abrirse al ser parlante. Al darle hueso, la escritura subraya lo que ahí era cierto, accesible pero enmascarado, o sea, que la relación sexual falla en el campo de la verdad porque el discurso que la instaure no procede mas que de la apariencia a abrir la vía a los goces”.

En el diccionario del psicoanálisis, bajo la dirección de Roland Chemama: matema es definido así: “Escritura de aspecto algebraico que contribuye a formalizar la Teoría psicoanalítica. El matema no es una simple abreviatura o una inscripción taquigráfica, sino que tiene la ambición de denotar una estructura realmente en juego en el discurso psicoanalítico, y a partir de allí en los otros discursos. Por la escritura el matema se parece a las formulas algebraicas informales existentes en matemáticas lógicas y en las ciencias matematizadas y para Lacan éste era el punto que vinculaba al psicoanálisis con las ciencias. Una de las funciones del matema es permitir una transmisión del saber psicoanalítico, transmisión que se vincula con la estructura, más allá de las variaciones propias de lo imaginario, y que escapa a la necesidad del soporte de la palabra de autor” (fórmula del significante, esquema L, grafo, los cuatro discursos, las fórmulas de la sexuación).

Sin embargo en el “Psicoanálisis y su enseñanza” él afirma que lo que se transmite es un “estilo”. En este sentido uno no podría pensar en algo más personal que el estilo de escritura de cada quien. Aquí estaríamos hablando del saber referencial. ¿Se podría pensar que es solo el estilo de Lacan el que transmite? ¿Como si su estilo inaugurara una nueva Bedeutung? ¿O tal vez el estilo de cualquier psicoanalista atravesado por la experiencia analítica, tal y como la concibió Lacan, hace transmisión por añadidura? ¿Ya que la escritura son los “huesos” sobre los que la carne del lenguaje haría estilo? No olvidemos que el estilo lacaneano está en relación al objeto “a”, letra descubierta por Lacan.

En el seminario de la Angustia en el capítulo Lacan establece una comparación entre el hacer del profesor y el del artista que arma un collage. El 1ro intenta borrar los empalmes, en cambio el segundo los muestra, muestra la carencia, la falta. Y del lado del artista ubica al enseñante de psicoanálisis y su deseo, en tanto esta enseñanza transmite algo de esta falta, algo del orden de la castración.

Pero saber en fracaso, no quiere decir fracaso de saber. Y si hasta aquí bordeamos la cuestión de la transmisión del psicoanálisis en relación al deseo del enseñante. Ahora intentaremos trabajar en torno a la forma de abordar los textos. El pasaje por la experiencia analítica de cada quien, modifica la forma de abordar la teoría. En este sentido ¿es que tal vez se pueda hacer alguna distinción entre el deseo del analista y el amor intelectual?. Esto si pensamos este último como no dejando en el lugar de la causa más que algo del orden significante. El discurso analítico que pone el saber en el lugar de la verdad, escribe cuál es ese saber nuevo producido por la experiencia analítica. Se trata de un saber sobre el objeto. Se podría describir este momento como momento de hacer condescender el goce al deseo. O de hacer el pasaje del "a" homologable a goce, a "a" como causa de deseo. Y si esto es así, ¿es que desde aquí se podría pensar que el lector de psicoanálisis está ubicado en otro lugar en términos de deseo, que el del puro amor intelectual? Yo creo que si.

Presencia del analista - Alberto Marticorena

Presencia del analista es afirmación de la existencia del inconciente en el borde de la transferencia que alcanza lo real.

De las diferentes vías de acceso al tema que nos hemos propuesto, he decidido partir del la referencia que nos presta la fórmula "demando que rechaces lo que te ofrezco porque no es eso", propuesta en la clase 5 del seminario "...ou pire" como introducción del anudamiento borromeo.

La tomo porque entiendo que es propicia para servir de soporte al fundamento de la transferencia en el sentido estricto que toma en la experiencia analítica, tal como fuera desarrollada desde las propuestas iniciales de Freud, pasando por los desarrollos postfreudianos, hasta lograr su puesta a punto con las articulaciones avanzadas por Lacan.

Presencia del analista es una noción que se encuentra indisolublemente ligada a la estructura de la transferencia , y a lo que en el escrito "Posición del inconciente" que nos sirve de soporte al trabajo de hoy, Lacan propone como presencia del inconciente .

Desligando la noción de lo inconciente de cualquier referencia psicológicamente objetivable, que podría tratarlo al modo de un objeto empírico, sólo el analista (o "los analistas" como está dicho en el texto en cuestión) como aquello (pronombre neutro que se utiliza para señalar alguna cosa; advertir que no se trataría de una persona) a lo que está dirigido puede dar testimonio, desde un lugar tercero, de haber sido testigo de su existencia.

Presencia del analista es el resto de haber resultado interpelado por la existencia del inconciente.

Cuál es el estatuto de esa existencia? El de una rajadura, hiancia, intervalo. "El sujeto pretendiente a sostener esa presencia ha de experimentarse sometido a la rajadura del significante."

Las recursos argumentales de "Posición..." convergen para sostener el fundamento de esa hiancia, y su destino en un análisis. La demanda de un rechazo a lo que es ofrecido, y por una razón precisamente delimitada - "no es eso", donde el eso tiene el carácter de una afirmación de existencia indeterminada -, indica ese destino en el borde (más allá...?) del fantasma que fija al sujeto como objeto en el deseo del Otro. Es el punto en el que si el analista es hecho *semblant de a*, hay que observar que "lo que no sería del *semblant*" colorea al *semblant*, como está indicado en el seminario 18, "De un discurso...". A partir de ahí el advenimiento contingente de otra alternativa de satisfacción pulsional.

El analista aquí, además de otras funciones (que están enunciadas en el escrito: sostener el discurso del paciente, quedar en él en entredicho tanto si responde como si calla, restaurar su efecto de sentido) tiene la de servir de asiento al inconciente como corte en acto entre sujeto y Otro. "Deseo del analista", la función relativa a su presencia. Soporte de lo sexual, en las derivas de la sexualidad. Puesta en acto de la realidad sexual del inconciente.

En este punto no hay representación; si se la produce no haría otra cosa que envolver lo real con lo simbólico. Unas letras, una escritura, pueden aproximarse a situar el lugar.

Vigencia del psicoanálisis: incidencia política y social del acto analítico – Aída Dinerstein

Habrá que sacar las consecuencias de que Lacan haya dicho que los discursos hacen función de lazo social. Así como que sólo ha podido articular los otros tres, el del Amo, el Universitario, el Histérico, porque surgió el discurso analítico.

Sabemos que plantear lo relativo al discurso analítico, o más propiamente hablando, al discurso del analista, supone articular éste a la problemática y la lógica del acto.

No es específico del psicoanálisis ni la promoción de la importancia radical del lenguaje ni el ocuparse de la articulación de éste en discurso.

En cuanto a la importancia del lenguaje, todas las prácticas teóricas que se inscriben en el llamado "giro lingüístico" se ocupan de esta cuestión. Tomemos por caso el ejemplo de un Wittgenstein y su cuestionamiento radical de la semántica, relevando las dimensiones sintácticas del lenguaje, destacando la pragmática

concebida como praxis así como cuestionando los fundamentos de toda institución social para poner en primer plano de su lógica la convención y la contingencia.

En cuanto a una teoría de los discursos no podríamos desconocer el pensamiento de Foucault y su análisis de las prácticas discursivas en términos de relaciones de poder instauradas por estos mismos discursos, conceptualización en que la noción de sujetos (históricos) como agentes (y soportes) de estas prácticas y relaciones de poder se encuentra puesta en cuestión y, podríamos decir, destituida. Descentramiento del sujeto a favor de una puesta en primer plano de las articulaciones discursivas.

Ambos, Wittgenstein y Foucault, sabemos, han sido interlocutores de Lacan. Respecto de sus respectivos pensamientos, sin dejar de dejarse incidir por ellos, Lacan produce, sin embargo, desplazamientos que obedecen a la singularidad determinada por el descubrimiento del inconsciente y la experiencia del análisis.

Que Lacan, como Wittgenstein, haya privilegiado la dimensión sintáctica del lenguaje para cuestionar la concepción que, de la referencia, tienen las teorías clásicas del lenguaje; que, como el filósofo, haya puesto en primer plano, al menos en cierto momento de su enseñanza, el “hecho de que se diga” insistiendo en la dimensión de acto de la proposición; que, en consonancia con el filósofo del lenguaje haya cuestionado hasta la radicalidad al sujeto del conocimiento y con él a una concepción de la verdad como adecuación, ubican simplemente el contexto de pensamiento teórico en que se inscribe el discurso de Lacan. Falta cernir la singularidad de su discurso.

Asimismo, y esta vez en relación a Foucault, no hay duda que hay cierto encuentro con este pensador en cuanto a considerar lo relativo al poder. Lacan no se desentiende de la cuestión del poder; sin embargo, su camino no es uno complementario al foucaultiano, dado que el filósofo hace argumento del poder jugado en el ejercicio de prácticas positivas de saber en tanto Lacan aborda los

efectos de poder en virtud de un trazo de estructura del sujeto mismo. En Foucault se tratará de un punto de vista crítico sobre el performativo de las instituciones, en Lacan, de la resonancia trágica de una lógica constitutiva del ser hablante.

El “plus de gozar” como producto de la articulación del saber inconsciente en tanto discurso Amo, producido el giro que la presencia del psicoanalista opera en tanto sostén del acto, revela que el objeto, el objeto *a*, es la trama de este acto. Así como la dominante, por haberse desplazado hasta ocupar el lugar de agente del discurso, que permite nombrar al discurso del analista. A Lacan le interesa demostrar una lógica del acto, no sólo para avanzar en la escritura de los límites que permiten cernir el campo y la experiencia específicamente psicoanalíticas, sino también porque apuesta a que, aclarada la lógica del acto analítico, todo otro modo de acto podría aclararse. Entendemos que se trata, en esto, de una apuesta política.

Que el objeto **a** se constituya en trama del acto dice que la sustancia de la que se trata, es sustancia gozante. La destitución del SsS que supone el acto implica un desplazamiento de la articulación significante, de la primacía de lo simbólico, y aun, del fantasma, para dar lugar a lo real del goce. Y con lo real del goce a lo real de la pulsión.

Lacan nos dice que Freud articula el inconsciente de un punto de falta. Inconmensurable a la representación e imposible al pensamiento es desde ese punto de falta de donde se articula la causa. Del deseo. Ahora bien, metáfora y metonimia no se revelan como operaciones que se complementan ya que la metonimia con lo que actúa es “con el goce donde el sujeto se produce como corte” y el plus de gozar como pérdida de goce dislocará lo simbólico del objeto perdido en la pérdida misma como objeto, pérdida en la que se significa el goce y “cuyo problema es saber qué se satisface en ello.”

Ese “qué” de “lo que se satisface en ello” no es en ningún caso el sujeto. En todo caso, tal vez, el inconsciente, eso en lo que nos hallamos cuando, por ejemplo un lapsus, ya no tiene ningún alcance de sentido. El inconsciente, eso que se articula de que el ser sea de decirse, es estofa de un textil hecho de agujeros y lo que de ello cae, sobrepuja al masoquismo (en referencia a hacer objeto de la pérdida misma). (Esto último es paráfrasis de pag. 46 de “Radiofonía”)

Lacan introduce allí, en esta estofa, en este tejido, el acto analítico, para decir que, es ese masoquismo lo que el psicoanalista releva por hacer allí, en el acto, figura de alguien. Hacer figura de alguien es cosa bien distinta de ser alguien porque en el análisis lo que cuenta es “algo”, ese “qué” de “lo que se satisface”. Viraje hacia y revalorización de una teoría del signo que Lacan emprende cuando se trata de tratar con lo real. El psicoanálisis como operación lógica de signos: del sujeto dividido y de su objeto llamado **a**, y ya no como articulación de un significante con otro en la producción de sentido. El psicoanálisis ocupándose de, atento al valor de uso con que cada quien diversamente se las arregla con su modo singular de gozar del inconsciente.

Que los discursos hacen función de lazo social y que estos hayan podido ser escritos y articulados porque surgió el discurso del analista, dice algunas cosas respecto de la incidencia –en diversos sentidos- entre lo político, lo social, el acto analítico.

Plantear que el discurso del inconsciente es el Discurso Amo y que a su vez éste debe pensarse como reverso del Discurso del Analista nos dice que Lacan está pensando una relación de estructura -de nudo- al menos entre política e inconsciente y política y acto analítico. Y el indicar que reverso no debe leerse como lo que supone su anverso sino que se trata de una relación de trama, de texto, de tejido tiene por consecuencia que se infiere de ello que política e inconsciente, política y psicoanálisis (y no puedo pensar psicoanálisis –hoy- sin acto analítico) se entran en tanto discursos en relación a un agujero: el agujero de lo imposible.

Desde esta perspectiva, pero sólo desde esta perspectiva, no habría relación de exterioridad entre los discursos ni el psicoanálisis estaría en posición de exclusión respecto de los otros y es también desde esta perspectiva que, para el psicoanálisis, el lazo social que establece cualquiera de los discursos será interpretado como el modo particular en que cada uno de estos discursos radicales trata el goce.

Es, entonces, desde esta perspectiva que el psicoanálisis interpreta la ciencia y sus efectos así como los efectos de los modos de la política. Los interpreta desde su propia lógica, la que articula: el sujeto dividido como sujeto del inconsciente, el objeto *a*, los significantes S1, S2.

Ahora bien, que haya efectiva incidencia del psicoanálisis y del acto analítico en estas prácticas, que una lógica de la castración y de un sujeto en exclusión interna a su objeto, índice, signo de su goce y como tal, imposible de acceder a un ser de representación, que esta lógica, decimos, incida en el edificio científico o en los modos de hacer o pensar de la política, ¿podemos aseverarlo desde nuestro campo? Sí podemos afirmar que el psicoanálisis tiene discurso como para interrogar tanto a la ciencia como a la política así como para interpretar sus efectos en tanto efectos del malestar, a condición de sostenerse en la posición ética que se desprende de la rigurosidad de su lógica.

Ahora bien, desde la perspectiva de nuestro campo, situaremos dos cuestiones que nos parece hacen a esta problemática:

Por un lado, algo que Lacan plantea en un texto poco transitado; nos referimos al “Discurso de clausura de las jornadas sobre psicosis infantil”, coloquio organizado por Maud Mannoni en París, en octubre de 1967. Allí, y a propósito de la presencia del psicoanalista, sostiene que la única acepción en que el uso de este término no es una impudicia es en tanto se entienda esta presencia “en su efecto de influencia teórica, marcada precisamente por la falla de la teoría”; pasando inmediatamente a hablar del acto analítico y de cómo la castración sólo adquiere forma al final de ese acto. Es interesante detenerse en que, una vez más, Lacan insiste en que el punto preciso de influencia teórica estaría dado por el punto de falla. Ahora bien: ¿Cómo hacer pasar eso, cómo dejar que eso pase? Y por otra parte: ¿Qué extensión darle a este término de ‘presencia del psicoanalista’?”

La segunda de las cuestiones que queremos destacar la encontramos en el Seminario XVII. En ese seminario, y a propósito de la aparición de una tesis universitaria sobre “su obra”, Lacan se empieza a referir a la traducción. No se refiere a la traducción de lenguas sino a la traducción de un discurso a otro, aunque, decimos nosotros, tal vez haya vecindad de problemáticas entre una forma de traducción y otra. ¿Cómo traducir su discurso al discurso universitario? ¿Qué tipo de distorsiones son obligadas por el paso de un discurso a otro? ¿Cómo traducir a otro discurso algo que tiene sus propias leyes? Estas leyes, las que ofrecen las condiciones de un discurso propiamente analítico, al ser enunciadas, y

por el hecho de estar él subido a una tribuna, se ven sometidas a una situación que se revela profundamente en falso, nos dice.

Extensión y traducción nos parece que se articulan, ambas, a la cuestión del público, o de un público, para el psicoanálisis. Y ambas, presencia del analista como influencia teórica y traducción del discurso del analista en otros nos parece que inciden en la incidencia política y social del psicoanálisis.

Dimensiones de la presencia del analista. Algunas Puntuaciones - Alberto Marticorena

Nada de esto se sostendría sin la función "deseo del analista", la que doy por supuesto previo a todas las consideraciones que siguen. Más precisamente interpreto que la regla de abstinencia, tal como la ubico más adelante, corresponde con lo practicable del "deseo del analista".

Después de haber escuchado varias presentaciones y las discusiones que les siguieron, cada una con su interés particular, me interesa establecer cuáles ideas podría delimitar como conclusiones, proponiéndolas para ser retrabajadas, tratando de establecer el conjunto (incompleto) de los temas tratados y situar ahí lo que propongo.

"Presencia" es una noción impuesta por las condiciones mismas del dispositivo analítico. Este condiciona una ruptura con el campo de lo perceptible del otro, con su figura y sus dichos de ser humano común y corriente, una ruptura con lo atribuible a una persona de nuestra realidad. Quedan restos (algunas palabras, tonos de voz, ruidos, unos pocos gestos y expresiones corporales) con los que el analizante inventa una otra "persona" ahí, a la que Freud destinaba a quedar incluida en serie con personajes de la historia.

Por otra parte es el propio automatismo de repetición el que aspira al objeto, lo que arriba al punto de alucinación y de declinación de la persona. La no respuesta del analista, el espejo opaco, el sustraerse de lo que se le supone de ser, lleva la presencia desde la persona ficticia al circuito de la pulsión.

Conviene una mención sobre el caso presentado por PW, en el que se puede señalar un momento en el devenir de un tratamiento, en el trayecto de alucinar la voz de la madre (satisfacción pulsional) al concluir desprendiéndola como objeto en la sustitución. Qué me quiere: agujero en el cual "meter" algo (miedo?), y el "oigo-sentido" como forma elemental del Superyo. La voz no necesita para nada ser audible; es más, cuando sólo uno testimonia que la escucha, más allá de alguna emisión fónica, revela su carácter de objeto caído, perdido. El acting-out corresponde con el tiempo de comprender, que es trabajo del inconciente. También se pueden distinguir varios lugares para el analista: quien dejó lugar a la voz y se habrá hecho soporte de ella, quien habla y pregunta, quien testimonia.

Si no-persona, entonces presencia. Propongo que "presencia" designa ese particular compuesto de términos heterogéneos con el que el analista intenta responder a una pregunta: con qué, con quién, cómo hace su trabajo el analizante. Así como el analizante inventa a su analista, el analista con "presencia" reúne los modos necesarios según los cuales se inventa a sí-mismo para sostenerse en la cura, y responder y dar cuenta de ella.

Retomo lo afirmado por AD. "El término presencia no connota el mismo sentido cada vez que aparece...Ya que su sentido no puede aislarse de los problemas que Lacan aborda...(ni) de qué aspectos de la experiencia adquieren valor privilegiado de acentuación."

Así se han presentado en nuestras reuniones varias versiones, algunas de las cuales se recubren parcialmente. Algunas de ellas:

- presentación del *a* en la experiencia. (EM)
- relativa al objeto voz. (ET)
- en relación con la contratransferencia / resistencia. (AF)
- como soporte de resto de la cosa sabida, resto no representable.
- como soporte de saber o de rasgo identificadorio.
- como soporte del objeto fantasmático.
- referida al *synthome* .
- en función de otro otro- *héteros* .

Corolario. Para un analista, si esta noción le dice algo, será diverso lo que escuche según de qué trayecto de la obra de Freud y Lacan tome sus referencias para formalizar y constituir la experiencia.

Por otra parte, se podrían discernir dos órdenes de problemas que se muestran enlazados con "presencia".

1) Presencia / fin de análisis / institución

Entiendo que la cuestión que nombramos como "fin de análisis", introducida con toda su fuerza a mediados de los años sesenta, reubica la noción, ya que no es que no estuviera antes. Y esto es inseparable de la institución analítica como Escuela, tal como la organizara Lacan con sus novedosos dispositivos.

Hasta ese momento los analistas, que es a quienes puede interesarles el asunto de la presencia, para poder afirmar o refutar que "hay analista", podían guiarse por una sencilla norma: el reconocimiento dado por la institución. Desde los sesenta tal seguridad es conmovida, y esto afecta a cualquier analista que se diga "lacaniano" (y tal vez también a "los otros") participe o no de la forma Escuela.

Quiero decir que el asunto toma relieve en cuanto se lo hace intervenir en el lazo entre analistas, y el análisis del analista deja de ser una cuestión absolutamente privada o dirimida reglamentariamente.

2) Presencia / tiempo / estructura

A partir de sostener los efectos de la palabra, se abre una dimensión temporal en el relevamiento de las estructuras en juego en la experiencia. Cierta esquematismo nos podría llevar a pensar en una sucesión: entrevistas preliminares - SSS - semblant de a - presencia. Corresponderían a distintos modos de presencia, hasta alcanzar la misma en estado "puro", previa caída de lo que le haría pantalla? O conviene reservar presencia para situar un punto virtual, necesario para orientar la acción analítica? Otra derivación: podría haber un deslizamiento que ante-pondría así una finalidad o una meta a las operaciones del analista?

Puede acordarse con que trabajamos en medio de dos falsedades, la del narcisismo y la del objeto parcial del fantasma. Ahí se trataría de poner en el eje de la experiencia una aprehensión / pasaje / incorporación de lo que no se puede decir , pero de lo que no se puede sino decir. Esto es pasar más allá de la castración velada por el objeto, en lo que la posición del analista está más privilegiada por su abstención que por su intervención.

Una referencia freudiana que puede orientar este plano de clivaje es esa operación postulada como originaria (y retomada por M. Klein) de separación entre dos destinos de la pulsión de muerte: una parte se conserva ligada en el interior del organismo (lo no sexuado del viviente, lo que no requiere del hablante para funcionar) y otra parte es desviada hacia los objetos fusionada con la pulsión de vida (goce sexuado tomado en el significante, diferencia sexual, sexualidad). Cualquier discurso viene a ubicarse en la brecha que ahí queda abierta; como lo afirmaba JF en su trabajo, recordando que todo discurso impone una división al hablante, y en todos los campos, por instalarse el discurso en el corte entre representación y objeto perdido / resto de la intervención significativa. Se puede situar entonces un fuera-de-discurso, acto mediante. La práctica del análisis propone un destino particular para este "fuera", distinto de los destinos religioso o científico: inscribir la incompletud. Que también es un fuera-de-análisis, pasaje al acto del fin de análisis en el que la presencia es lo único que hay del analista en cuanto se hace ausencia en el límite. "El fin que designo como la toma del analista, de él mismo en el agujero del a es lo ininterpretable...Lo ininterpretable es la presencia del analista" propone Lacan en el Sem. XVI, pareciendo orientarse a dar un sentido bien restrictivo a la noción de presencia.

"El inconciente está estructurado como un lenguaje...y algo más", que toma el nombre de objeto a , la reacción de Lacan al inconciente freudiano.

En lo que continúa retomaré un trabajo presentado en las últimas Jornadas de Grupos de Trabajo; voy a tratar sobre dos fragmentos del seminario "El acto analítico" con la intención de especificar un sentido, un alcance que toma la noción "presencia del analista". Interpreto que se trata de situar una versión de la "regla de abstinencia" propuesta por Freud como ordenador que da soporte a la presencia.

T. XII, pág. 168.

"La cura analítica debe ser realizada en la abstinencia. La cura analítica debe realizarse en la privación." Propone también "examinar las fronteras de aplicabilidad de este principio", ya que los casos no se reducen a los del amor de transferencia.

T. XVII, pág. 158.

"En la medida de lo posible la cura analítica debe ejecutarse en un estado de privación - de abstinencia. El enfermo busca la satisfacción sustitutiva en la cura misma, dentro de la relación de transferencia con el médico." Y como en la cita anterior, advierte que "sin duda es preciso consentirle algo, más o menos, según la naturaleza del caso y la peculiaridad del enfermo, pero no consentirle demasiado."

Doy por aceptadas y ya demostradas algunas afirmaciones que se sostienen, que se argumentan en el curso del seminario, y que funcionan como referencias que enmarcan lo que sigue. En particular las siguientes:

- Hay la tarea psicoanalizante, la que supone dos posiciones: la de analizante y la de analista. Esta tarea tiene un producto: el objeto a , también el analista como a .
- Este objeto está desde siempre. Sólo que es por el acto analítico que se lo evidencia, desprendiéndose del analizante y retornando en lo real. Acto que marca un límite en el saber (eso que metaforizamos como "caída"), con la producción de un "plus" que lo descompleta, que no se adiciona.
- No hay analista sin psicoanalizante. Si no había analizante, no habría analista.

Formulaciones que subrayan tanto el paso lógico de la posición de analizante a analista en la formación, como la encarnadura que toman esas posiciones en los dos que están en la cura.

Clase 21-II-68. (recorte pág. 156/57)

Mantengámonos a nivel del psicoanálisis terminado. No diremos que en el fin el analizante es todo sujeto, por ser dividido. Él no es sin ese objeto rechazado al lugar preparado por la presencia del analista. Y del analista no diremos que es todo ese objeto rechazado. Ahí yace no sé qué misterio que oculta lo que conocen bien los practicantes, lo que se establece a nivel de la relación humana al final, al término, entre aquél que ha seguido el camino del psicoanálisis y aquél que ahí se hizo “su guía”.

Clase 7-II-68. (recorte pág. 147/48)

Qué se le demanda al psicoanalista cuando se le dice que no hará jugar la contra-transferencia en el análisis?

El psicoanalista se define por ser esta especie de sujeto que puede abordar las consecuencias del discurso de una manera tan pura como para aislar el punto en el que está el sujeto, en esa tarea que tiene su fin cuando cae lo que es el objeto a . Aquél que es capaz, con alguien que está en posición de cura, de no dejarse afectar por lo que es eso por lo cual comunica todo ser humano con su semejante.

Hay más que narcisismo y amor entre los seres humanos. Hay el gusto, la estima, el agrado, lo que se llama “me gustas”, que está hecho de un dosaje, una proporción, una relación exacta e irremplazable entre el soporte que toma el sujeto de a (del fantasma) y de i (a), lo que resuena y que hace que les guste, lo que permite que entre los seres humanos haya encuentro. Ahí se distingue el analista no recurriendo jamás en el interior del análisis a ese inexpresable, a ese término que da el único soporte a la realidad del otro.

La extracción de esta dimensión es que hay un ser, ser de psicoanalista, que puede hacer girar, por estar él mismo en posición de a , el destino de la relación del analizante a la verdad. Esto es la producción del psicoanalizante.

Caracterización del analista que no pasa por atribución de propiedades, sino por un orden de privación. De manera que resulta objetado el “goce del analista”, *oxímoron* que circula entre nosotros. Entre fantasma e imagen especular, entre y con ellos, es una forma de decir la división del sujeto. Corresponde alojar ahí la dimensión de la satisfacción pulsional: con eso no / sin eso no. No siendo el gusto de la misma estofa que la del narcisismo o la del fantasma.

Una expresión popular dice: sobre gusto no hay nada escrito. Sea verdadera o no en su contenido, es para subrayar la exclusión entre gusto y lo que está escrito, lo que deja la alternativa de lo que espera por ser escrito.

Referencia kantiana sobre el gusto (Sem. VII, clase 21, 15-jun-60, intervención de P. Kaufmann). El comentario proporciona algunas indicaciones sobre el juicio estético que resultan de utilidad.

Destaca: a) que el juicio estético no determina al objeto (qué es, su causa, el cómo); hay una cierta solución, reabsorción, puesta en suspenso(?), de la oposición entre la cosa y la apariencia, con lo que la *Ding* y la *Erscheinung* coincidirían.- b) no hay concepto del objeto en el juicio de gusto, no se determina más allá de la simple apariencia una realidad existente que la sobrepase, sino que sitúa al sujeto como afectado / unido a lo que llega del objeto.

Si el juicio estético no se formula para nosotros en términos de proposición, recordemos que la expresión pulsional del gusto es la incorporación (oral) o el rechazo, la unión con el objeto o su expulsión. Si se le pide que suspenda el juicio de gusto, el analista queda apartado de esas posiciones. Expresiones como "no nutrirse del goce del analizado" o "tomar en caución el goce" parecen corresponder a este punto. Los deseos y el lugar sujeto deben ser suspendidos.

De aquí puede desprenderse un sentido de "presencia": es un particular modo de instalar la privación que concluirá en el tiempo del acto. Lo que se plantea con la indicación de "no responder a la demanda".

Volviendo sobre la propuesta freudiana, sobre "las fronteras de aplicabilidad" y "el concederle algo...pero no consentirle demasiado". Se podría concluir que el que está situado en el lugar supuesto del analista bien podría entrar en el juego de quien está como analizante, ya sea como semejante o como algún objeto fantasmático. Pero lo que le estaría absolutamente vedado (veto es el término freudiano) es responder con su satisfacción pulsional, con su goce idiota, punto que se alcanzaría, fallidamente, en el paso por la experiencia analítica y no por adhesión a una prescripción. Esto es lo que hace al fundamento de la presencia.

Junio, 2004

El otro, el mismo - Alejandro Peruaní

"Freud nos enseña que el buen método consiste siempre en encontrar una misma relación, una misma conexión, un mismo esquema, que se presenta a la vez en las formas vividas, en los comportamientos, y también en el interior de la experiencia analítica"

Jacques Lacan

Cuando las asociaciones se detienen, en el punto cúlmine del fenómeno de la resistencia, Freud nos ofrece un camino para salir del atolladero: hacerle saber al paciente que el analista ha ofrecido su persona, su escenario, sus gestos, algún rasgo, al "falso enlace". Con satisfacción comprobaremos que el paciente, tarde o temprano, confirma esta hipótesis. La resistencia ha abierto la puerta a la

transferencia que por este sesgo denota la presencia de la persona del analista, en la cual podrá leerse su condición contingente de resto diurno.

Lacan sitúa un momento lógicamente anterior, a veces pesquizable como aperccepción súbita de la presencia del analista, sobre un fondo de angustia.

Presencia fugaz en el lugar de un gozne que sostuviera el giro de la palabra. Giro que cubre el cierre del inconsciente en el instante en que su realidad estaba por hacerse presente como palabra (1). Palabra imposible, que marca el lugar donde la palabra como tal toma su garantía. Lugar Otro, andere Schauplatz.

No es el yo quien se resiste a entregar su última palabra, por el contrario es el yo quien en su resistencia alisará, rellenará, la sima abierta por la ausencia de tal palabra en el mar de los dichos. La resistencia original es esencial a la dimensión de la palabra misma. Que secundariamente se proyecte sobre ella el sistema del yo y del otro, es lo que vuelve a velar el efecto de estructura allí puesto en juego y lo que abre el juego a la transferencia por su vertiente imaginaria.

Recortemos entonces el hallazgo de ese hecho mínimo, de ese “fenómeno elemental”, cuya interposición resulta a veces aislable como tal. Ese inquietante registro de la presencia que aloja la presencia de la ausencia (doble reflexión hegeliana, escena dentro de la escena) de una verdad por surgir, en el plano de la experiencia.

Son las presencias las que dan sostén, consistencia, al telón de la realidad. Ellas dejan constancia de que no todo es ilusión. Qué en la trama de la realidad, por más plagada de imaginерías que se encuentre, hay un hueso. Las presencias se sitúan más acá de la representación. Pero de esas presencias no queremos saber nada. Idéntico tratamiento da Lacan a la realidad en relación a las certezas que preferimos ignorar, pero sin las cuales tal realidad perdería toda consistencia (Seminario 3, pág.109).

Al rescatar estas coincidencias ¿proponemos a la presencia presa de la Verwerfung? ¿Allí donde la palabra se hizo carne y habitó entre nosotros como mitopoematizan las Escrituras?

Si inconsciente son los efectos de la palabra sobre el sujeto, éstos como lo demuestra la experiencia freudiana se estructuran como un lenguaje. Es allí donde la ciencia lingüística nos permite importar términos que despejen las opacidades de la economía freudiana, instalando una nueva transparencia y renovando el rigor de la disciplina.

Mas, aún así, el psicoanálisis no es una rama de la lingüística.

Nos concierne, aún, el real que el lenguaje funda. La función de la causa. El efecto deseo. La inscripción del sujeto.

Pero, si esta línea de escansiones marca una alteridad al pasar de un punto al otro, aún en el caso de atribuirlo a la misma operación, debemos agregar una condición de repetición, de insistencia, de la operación misma.

Si supiéramos que comer, cagar y coger son la misma cosa seríamos como los animales, es decir seres perfectamente motivados. No lo somos.

En cada vuelta de la necesidad, la necesidad de la repetición impone una no coincidencia, a la demanda, entre el punto de partida y el retorno. Desencaje provocado por el obligado paso por el significante.

Rota la armonía imaginada entre los apremios de la vida y los objetos adecuados para su satisfacción (2) por la ausencia del saber que los acoplaría: el instinto, será la palabra misma quien se encargue de restituir la realidad perdida duplicando la vida en una realidad hablada. Pero este susurro nos adormece en el sueño de una realidad virtual. La superficie de la cinta de Moebius se presta para dar figura a ese devenir continuo en el que lo propio y lo extraño se funden en una única dimensión, en la que se pierde toda referencia que distinga al reflejo de lo reflejado.

El deseo del hombre, que ha sustituido toda aprehensión directa de la necesidad, es el deseo del Otro. Porque la necesidad como fuente de toda realidad, y sus imágenes como señales indicadoras de las formas de presencia de esa realidad de las necesidades, han sido desalojadas por la necesidad del Otro. Si las urgencias de la vida han situado una primera geometría real del Ich, haciendo lugar al sentimiento de sí, hegeliano-freudianamente determinado (3); el obrar del otro (4) (la respuesta del auxiliar) ha generado una topología donde todo registro de sí parece indiscernible de los efectos de alienación.

Este campo proyectivo (campo de la conciencia, adormecida en su ser de puro reflejo) conserva el continuo de la banda moebiana integrando en sus recorridos al campo del objeto sin solución de continuidad (se trata entonces de reconocer la estructura del plano proyectivo en la condición reverberante de la función de representación cuando logra sin fisuras acoger en su reducción a lo consabido toda novedad (5); en rigor de verdad, allí no habrá presencias pero tampoco representaciones sino la silenciosa siesta de loqués, ...“a guardar a guardar cada cosa en su lugar” hasta que cosa y lugar se hagan uno).

Será necesario un corte para tornar a la superficie orientable y orientadora. Pero, este producto se desprende y cae (6). La orientación lograda será, entonces, efímera (instante de la mirada, presencia furtiva, suceso-acontecimiento), el espacio-tiempo volverá a colapsarse sobre el despliegue engañoso del transcurrir moebiano, olvidando la pérdida. “Caramba si yo soy tú lo mismo que tu eres yo”.

Aunque lo que evoca Nicolás Guillén, en este son, tiene un sentido radicalmente diferente. Para el poeta se trata de recordar la misma cosa que somos en ese punto olvidado y perdido, que para él -que es marxista- tomará el nombre de

realidad objetiva; “soldado aprende a tirar que no me vayas a herir que hay mucho que caminar...”

Nosotros recordaremos aquello que Freud nos propone al nombrar a das Ding.

Das Ding: lo común del complejo desiderativo y del núcleo del Ich. El punto de enganche en que el prójimo es la misma cosa que el sujeto, área de intersección, punto de simetría, que le permite al yo construirse como cuerpo en relaciones de correspondencia entre sus imágenes y las del otro (7). Proyectarlas en la misma superficie. Ejercer la torsión y el pegado que constituirán la banda moebiana.

Yo a imagen del otro y/o viceversa, cuerpo desdoblado que en definitiva se seguirá proyectando sobre todas la percepciones del mundo (así constituido). Verdadero hojaldre de capas sobrepuestas y fundidas unas en otras. Unidad y proliferación cosmológica por la cual todo lo “dado” (8) es para mi, el hombre, el elegido, objeto de mi deseo, en razón de mi goce.

Y ese yo correrá extraviado en la sala de espejos en su carrera por el borde único, en un trajín febril de equilibrista que no va a ninguna (otra) parte, en un sopor arrullado, o en una furiosa persecución paranoica, toda vez que cierto efecto de desfasaje recorte un objeto y ponga en juego su alienación radical.

Pero, das Ding no es el espejismo. Das Ding es la incrustación del Otro, su respuesta a una pregunta informulada e informulable situada en esa hiancia real, fundante, que Freud tejió a partir de la presunta prematuración humana. Y más allá de que a este tejido se le adscriba el estatuto de hipótesis biológica o el de la verdad de un mito, inscribe la necesidad de situar allí un litoral primero entre la vida y el campo del lenguaje. Será carne tomada por el deseo del Otro sostenido en su decir inaugural. Será carne horadada, presencia del vacío de cualquier ser en sí. De aquí en más, cuerpo perdido. Recobrado en la palabra que lo extraña en los espejismos de su íncubo la imagen especular.

¿Qué pesadilla puede, de aquí en más, despertarnos de este arrullo de las palabras, de este sueño borgianamente circular?

La angustia no engaña. El fenómeno elemental contiene una certeza.

La angustia comunica. La locura en su condición estructural es comunicante.

¿Participan estos momentos de la experiencia de misma localización? ¿La presencia se ubica en el mismo locus?

¿Se trata de modos de presentación de das Ding?

¿Propondremos que das Ding es el nombre freudiano de la losange lacaniana, el nombre -entonces- de la hiancia, el lugar de la relación misma (de lo real de lo simbólico), de la relación que no hay, el nombre del agujero?

A muchas cosas le asignamos estructura de agujero: a la zona erógena, al recorrido de la pulsión, al intervalo entre los significantes en tanto sea bordeado por los efectos de anticipación y retroacción propios de la significación, a la pulsación temporal de apertura y cierre del inconsciente, al fantasma en su mínimo de estructura: el marco, etc. La homología de esta estructura de borde cerrado, en tanto el recorrido implique un “eterno retorno”, con el campo de nuestra práctica arrienda un soporte común a fenómenos y efectos heterogéneos (que promueven oscuridades y potencian el oscurantismo), al tiempo que explica por qué el campo freudiano es por esencia un campo que, al tiempo que se nos entrega, se pierde; que ni bien creemos aprehenderlo está ya, nuevamente, perdido.

La presencia como tal, en el punto en que confluyen todo tipo de efectos de presencia, es efecto de ruptura en la escena sostenida por el discurso común y su siseo reduplicador de las formas del mundo. Es la brusca presentificación de lo Otro o sencillamente del Otro en su radical alteridad, es decir, de aquello que del Otro existe: el objeto “a”.

Toda escena está organizada desde un decir, un mandato, que es al tiempo un punto de vista, una mirada, esta condición sostiene el orden de lo continuo y, si es lícito expresarse así, la neutralidad de la escena a condición de que esa mirada no se vea, que ese mandato no se escuche.

La presencia, entonces, es el punto de naufragio de la escena, el acontecimiento, quizás fortuito (la tuch), que rasga la tela del fantasma para desnudar el marco. Retorno real al punto de lo instituyente. Retorno siempre original de lo real.

La presencia es traumática (9), pero no es necesariamente el trauma en su sentido clínico ni metapsicológico, ya que sostuvimos que cualquier realidad –aún la más conformista- estaba moteada de presencias. En tanto efecto evanescente corresponde a la temporalidad de instante. ¿Podríamos plantearla como una pulsación situada sobre coordenadas distintas que la pulsación del inconsciente? ¿Por qué proponer esta diferencia? Porque la pulsación del inconsciente tiene por correlato la formación del inconsciente, el juego retórico al que da lugar. Mientras que esta función de sostén de la realidad parece perderse en la consistencia de la realidad misma. Aunque quizás, la única diferencia estribe en si hay o no analista que inscriba un efecto de presencia.

Sobre la función del testigo necesario para que la presencia y el campo cuya apertura ha dejado entrever no se pierda, una pequeña historia me sugirió una enseñanza. Se hizo un grieta en el muro. Y ahí quedó. Con el correr de los días se tornó inquietante establecer si la grieta se hacía más grande o seguía igual. Las consecuencias, previsiblemente, no eran las mismas y las observaciones “subjetivas” se hacían cada vez más confusas y poco fiables. Consultado un

arquitecto indicó colocar un testigo. Para el caso, una fina superficie de yeso. Siendo un material más friable que el revoque, al más imperceptible movimiento de los bordes del brecha, se quebraría mostrando que la hiancia continuaba “trabajando”.

Sabemos que en Los fundamentos del psicoanálisis, Lacan, no sitúa la presencia sólo como acontecimiento en la intensión, sino como testimonio en la extensión. Entiendo, en la inscripción de la experiencia en términos de transmisión. Es allí que las obras de los analistas en su esfuerzo por hacer público esos restos de su práctica, por poner en obra su insistencia para que no se evapore eso de lo que no se quiere saber nada, para que algo de ese no querer saber sepa sostenerse en el lugar de la verdad, resultan necesarias para la pervivencia del campo freudiano.

Intentamos comenzar a entreabrir el fríjol. Excluimos cualquier idolatría de su cerrado misterio (10). Tampoco apostamos a apoderarnos de su “tesoro” (11). Pero sí, resueltamente, y más allá de los resultados, a establecer -lo más claramente (12) posible- sus coordenadas.

Noviembre de 2004

Notas

(1) Seminario I, El momento de la resistencia, Clase X, pág. 131 y siguientes.

(2) Feliz acople del paraíso perdido, entre el mundo interno y el mundo circundante, que imaginamos bajo las figuras mistificadas del buen salvaje y del animal de Animal Planet.

(3) Superficie delimitada por la eficiencia de la huida ante la estimulación exógena y su fracaso frente a la endógena (Proyecto). Función del apremio (traducción de FCE de la Fenomenología del Espíritu –Hegel) o del deseo (traducción de A. Kojeve) en el sentimiento de sí.

(4) Término hegeliano de la dialéctica del amo y el esclavo, por el que la autoconciencia reconoce como objeto a otra autoconciencia: en tanto obra para sí y para la otra como la primera obra para sí y para la otra.

(5) Fórmula freudiana de la comprensión (Proyecto), sostén del conocimiento en tanto operación de proyección (Justificación del Inconsciente, en El Inconsciente).

(6) Recordemos que el resultado de un corte no trivial sobre la superficie del plano proyectivo son dos superficies: una cinta de Moebius y un disco plano. Que la primera sirve de sostén a la realidad, donde se juega el giro permanente entre el

yo y sus objetos, es decir operaciones de identificación o pegado (Esquema R de De una cuestión preliminar...) y la segunda, posteriormente resulta identificada con el objeto "a". El disco plano es una superficie con un borde cerrado capaz de establecer una demarcación entre un interior, el disco mismo, y lo exterior a él, y que posee dos caras (anverso y reverso) de los que el borde es frontera.

(7) Complejo del Nebenmensch, en el Proyecto.

(8) Término escatológico, en todos sus estrictos sentidos, ya que la oblatividad de Dios, así connotada, encubre su condición de fantasma anal.

(9) trauma perforación, desgarró, herida.

(10) musthrion misterio, arcano, secreto, de muo cerrado.

(11) Presunción que supondría idéntica idolatría.

(12) Por qué avergonzarse por pretender la Aufklärung. Alguien decía, creo que acertadamente, que todos los intentos por reconducir el psicoanálisis al campo de la ciencia habían terminado en el fracaso más rotundo cuando no en el ridículo. Pero, yo me pregunto qué será del psicoanálisis cuando se termine de dar el paso tendiente a desentenderse en forma radical de ese intento en fracaso por inscribir su experiencia en el campo de la ciencia (entiendo por tal, el esfuerzo por la formalización, los recursos lógicos matemáticos, etc).

Interrogaciones sobre lo que Lacan llama presencia del analista - Elena Alvarez

El tema planteado para este tiempo de trabajo me presentó desde un comienzo bastantes dudas en cuanto a darle al término presencia del analista un estatuto central en nuestros desarrollos teóricos.

¿Por qué? Porque (y aquí acuerdo con E.Marino) con otros operadores se podría dar cuenta de lo que acontece en el tiempo de un análisis. Analista, analizante, objeto, S1, S2, transferencia.

Acuerdo con la convocatoria al ubicar la clínica en un "entre" teoría y experiencia, un espacio en el cual los analistas hablan de su práctica, lo que Lacan en la Apertura de la sección clínica nombra como dar razones de su práctica. Lo que no es sin incluir la pérdida que este pasaje implica. Quizás la insistencia en darle relevancia a este término, tenga algo que ver con lo que de la experiencia se nos pierde tanto en la elaboración teórica como en los relatos de nuestra práctica.

Luego de haber leído nuevamente los trabajos presentados, quisiera plantear algunas cuestiones que para mí quedaron como preguntas y discutir las con Uds.

En primer lugar, ¿Se puede establecer alguna diferencia entre lo que Freud llama persona del médico y Lacan presencia del analista?

Freud habla de persona del médico a secas, diría.

Lacan en un primer tiempo habla de persona del analista. Este primer momento se puede ubicar en el tiempo del “retorno a Freud” de Lacan. (Semin. I , La cosa freudiana)

Luego introduce el término presencia (¿por qué pasa de persona a presencia?, me remito a lo ya trabajado en relación a Heidegger y la importancia que tuvo este filósofo en ciertos desarrollos de Lacan), que en el campo del Psicoanálisis considero es término y no concepto, al modo de los 4 conceptos fundamentales, ni problema crucial al modo de los problemas cruciales.

Más adelante no lo retoma. ¿podríamos dar algunas razones?

En principio queda claro que nunca abandona el concepto de transferencia y que durante el tiempo que usa presencia del analista, es como un término incluido en dicho concepto o en algún otro (Inc. por ej.).

Vuelvo a la pregunta: ¿es posible equiparar persona en Freud a persona-presencia en Lacan si ya desde su uso filosófico son diferentes?.

Persona: 1-en latín y en griego tiene la acepción de máscara (máscara que cubría el rostro de un actor al desempeñar su papel). Persona es el personaje.2-En sentido jurídico persona como “sujeto legal”. Los usos posteriores derivan más del segundo sentido que del primero. Vale la pena recordar que Lacan retoma el primer sentido, cuando se refiere a la posición del analista como de semblante, mostrarse como máscara abiertamente llevada como en la escena griega.

Presencia: parousía en griego. Heidegger es quien lee en la filosofía griega, estar presente, realidad presente, presencia. El ser como presencia.

Freud introduce la expresión persona del médico en relación al detenimiento de las asociaciones en un momento del análisis. Esto traería dos consecuencias: 1- no opera la asociación libre 2- se detiene la atención flotante? Surgen aquí las resistencias. Me pregunto: ¿hay analista en ese momento?

Freud sitúa dos tipos de detenimientos: 1- silencio voluntario por evitamiento de displacer 2- detenimiento de las asociaciones, y la tercera alternativa que sería la vigencia de la asociación libre.

Si bien tiene características peculiares (por ej. la de sorpresa para el analista), yo entiendo que el término persona del médico puede ser leído en Freud como una de “las modulaciones de la transferencia” (Dinámica de la transferencia).

Guy Le Gaufey trabajando específicamente la transferencia y los textos de Freud sobre este tema plantea algo interesante respecto a lo que Freud llama persona del médico: 1) Que en el concepto de transferencia no habría diferencias significativas entre la transferencia sobre la persona del médico y las transferencias (por ej. sobre restos diurnos) 2) plantea la ambigüedad de este término en tanto por un lado podría pensarse que designa tanto al analista-objeto-fantasmático-procedente-de-las-proyecciones-del-paciente y el analista-tal-como-es-él-mismo. 3) Que la persona del médico encuentra su ambigüedad al participar tanto del registro de lo intrapsíquico como del registro interlocutivo; objeto fantasmático pero también locutor activo en la cura 4) Que la transferencia no se reduce al retorno de lo reprimido y más claramente, que toca al fantasma en tanto radicalmente inconsciente.

Esto da cuenta que es de los avatares de la transferencia de lo que se trata, y de la dificultad de situar el lugar del analista de una manera unívoca y sin interrogantes.

Lacan- En un primer momento toma la expresión persona del analista de Freud (La cosa freudiana) luego en el Sem. 1 la retoma pero para referirla a la presencia. Pero hay algo interesante en cómo la introduce. Habla de presencias (tratando de situar la del analista) que dan consistencia y estabilidad a nuestro mundo pero de las cuales no nos percatamos en tanto tales. Yo entiendo que Lacan dice que el sujeto experimenta la presencia del analista y considero que es, en tanto está ubicando la transferencia del modo freudiano, es decir: como actualización de la persona del analista. De todos modos queda claro que lo que pone el marco es el dispositivo analítico, es éste el que resignifica esa presencia particular.

En realidad, parece que Lacan se sirve fundamentalmente de este planteo freudiano para ubicar en este punto la resistencia, como resistencia del discurso y no del analizante.

Con alguna posterioridad (1968) al tiempo en que Lacan trabaja la expresión presencia del analista, en el Discurso de clausura de las jornadas de psicosis infantil, introduce respecto a la misma, algunas versiones interesantes aunque sin duda muy enigmáticas.

Dice que “ la función de la presencia (pregunto: ¿del analista?) se la debe excluir , salvo notoria impudicia de la operación analítica” ¿es decir que queda del lado de la teoría?

“Para el cuestionamiento del psicoanálisis, aun del psicoanalista mismo (tomado esencialmente), desempeña su papel supliendo la falta de apoyo teórico)”. Lo

relaciono con la sensación de que a veces se produce un cierto forzamiento para darle lugar en la teoría

“En mis escritos le doy curso como polémica, hecha de intermedio en lugares de intersticio, cuando no tengo otro recurso contra la obtusión que desafía todo discurso.” (¿polémica en relación a la dificultad de dar cuenta del lugar del analista en su práctica desde la teoría?)

Termina afirmando algo que ya trabajó A. Dinerstein, que la única presencia que suelda con la teoría es la presencia del sexo como tal: como femenino.

A partir de cierto momento en sus desarrollos Lacan no utiliza más la expresión presencia del analista.

Pienso que es la escritura del discurso analítico lo que hace caer este término.

Ya Lacan había planteado un cambio con respecto a Freud con la introducción del Sujeto supuesto Saber y el amor que le es propio (Le Gaufey lo plantea muy bien como que ese amor en la transferencia no cae del cielo como en Freud). Al que le supongo el saber, lo amo. Aquí el saber es supuesto no al analista, sino a su posición.

Es lo que caracteriza en el Seminario XVII como la investidura del SsS que permite al analista hacerse causa del deseo del analizante. La investidura por un lado, la función corresponde al deseo del analista, éste pone límite a la primera pero no podría operar sin ella.

Adelanta lo que después ubica como (Sem. XVIII) el analista en el lugar de agente en dicho discurso, como semblante de a.

El analista no hace semblante, ocupa la posición del semblante.

En el Sem. XIX da una vuelta más En esta posición que es del orden de la necesidad (ni de la ontología, ni de la filosofía), no sólo se articula un discurso, sino que también se tiene relación con un ser humano. Aquí incluye (lo que podría pensarse que deja fuera en su articulación del disc. analítico), el cuerpo y lo articula con la dimensión de la sobredeterminación en Freud.

El discurso está en posición giratoria con respecto a un soporte, ese soporte es el cuerpo, no “un” cuerpo porque si se incluye el goce hay otro cuerpo.

Esto vale para el disc. analítico. En principio (entrevistas preliminares) hay confrontación de cuerpos; se parte de este encuentro de los cuerpos para que cuando se entre en el disc. analítico ya no sea más cuestión de eso.

“Es porque el analista “en cuerpo” instala el obj. en el lugar del semblante que hay algo que existe y es el disc. analítico”.

La última vuelta sobre el tema. En el Sem. XX plantea que los cuatro disc. que escribe existen por el fundamento del disc. analítico. ¿por qué?. Porque de este discurso hay siempre una emergencia con cada paso de un discurso a otro. (por eso el amor es signo de que se cambia de discurso).

Entonces ya no sería necesario sostener la presencia del analista como lo que daría cuenta de la operación analítica y de la posición del analista. Los giros de discurso y la emergencia del disc. analítico en cada uno de ellos correrían con esa responsabilidad.

Noviembre 2004

Presencia del analista - presencia del sexo - Aída Dinerstein

Es cierto, como ya se señaló en un trabajo anterior, que el término presencia está cargado de resonancias metafísicas e incluso teológicas. Si le damos crédito a Derrida en su trabajo sobre Heidegger (*Ousia y gramme* , Nota sobre una nota de *Sein und Zeit* , en *Márgenes de la filosofía*), debemos aceptar que no sólo las nociones de espacio y tiempo propios de nuestro pensar sino la mayor parte de los conceptos mayores que conforman la metafísica –de Aristóteles a Heidegger, inclusive- están o sostenidos o atravesados por esta noción. Cito, simplemente para incitar a leer un trabajo por cierto bastante complejo pero que me interesó sobre todo como advertencia del tipo de problemas que se anudan en este término, sólo algunos párrafos y no siguiendo estrictamente la lógica del texto sino simplemente como modo de ilustrar lo antedicho : “No se puede, pues, destruir la ontología tradicional más que respetando e interrogando su relación con el problema del tiempo.”... “Lo que, en el orden ontológico-temporal quiere decir ‘presencia’ (*Anwesenheit*) es ‘la determinación del sentido del ser como parousia o como ousia. El existente es captado en su ser como ‘presencia’ (*Anwesenheit*), es decir, que es comprendido por referencia a un modo determinado del tiempo, el ‘presente’ (*Gegenwart*).” “De Parménides a Husserl, el presente no ha sido puesto en tela de juicio.” “Con la tesis de Hegel: el espacio ‘es’ el tiempo, concuerda en su resultado la concepción de Bergson, a pesar de todas las diferencias que separan sus justificaciones; Bergson no hace sino dar la vuelta a la proposición: El tiempo...es espacio.” Y por último: “El ser es lo que es. La *ousia* es, pues, pensada a partir de *estí* . El privilegio de la tercera persona del presente del indicativo revela aquí toda su significación historial. El ser, el presente, el ahora, la substancia, la esencia, están ligados, en su sentido, a la forma del participio presente. Y el paso al sustantivo, podríamos mostrarlo, supone

recurrir a la tercera persona. Será lo mismo, más tarde, para esa forma de la presencia que es 'la conciencia'."

Ahora bien, ¿acaso no sucede esto con muchos de los términos de la teoría, no sucede que vienen con la carga de la herencia griega, occidental, filosófica? ¿Y que justamente el interés que ofrece el discurso de Lacan -tanto como el de Freud-, es el de mostrar que, el psicoanálisis y la experiencia del análisis, permitirían pensar estas cuestiones no *more metaphysico*, sino *more analítico*?

El término presencia no connota el mismo sentido cada vez que aparece, ya sea en los Escritos o a lo largo de la enseñanza del Seminario. Ya que su sentido no puede aislarse del conjunto de problemas que Lacan aborda, del modo en que éstos son abordados así como de qué aspectos de la experiencia adquieren valor privilegiado de acentuación.

Es evidente que en los primeros seminarios el término presencia aparece asociado a esos momentos, resistenciales, en que el análisis se configura sobre el molde de la relación imaginaria al otro especular, al semejante. De donde resultará, obviamente, la conclusión de que esta presencia deberá ser reducida al mínimo, para que el análisis prosiga. Así pensada, presencia y analista, o más aun, presencia de analista, resulta ser un oxímoron. Si hay presencia, no hay analista, hay otro especular, si hay analista, lo habrá al precio del mayor ausentamiento posible de su presencia. Es una manera de pensar el análisis, la neutralidad, la abstinencia, regida por una concepción de la transferencia como intersubjetividad, en la que lo que hará función de corte será la palabra, en su condición simbólica de terceridad.

Será Lacan mismo quien cuestione ésta, su posición respecto a la transferencia hasta el momento. A partir del Seminario VIII, Lacan rectifica su posición y la idea de la transferencia como intersubjetividad será desplazada por la idea de que ésta se ordena y organiza alrededor de una disparidad subjetiva radical. Esto no implica que el término presencia desaparezca de las reflexiones de Lacan pero sí supone que aquello que este término connota sufrirá a su vez un desplazamiento de sentido.

Es en la articulación de la transferencia como equivalente a la instauración del SsS y en una basculación entre esta instauración y el acto analítico que se orienta en el sentido de conmocionar la existencia de esta suposición, que la presencia del analista habrá de ser ahora pensada. (Respecto del SsS y lo que el acto conmueve de ello, no son equivalentes los destinos de los dos términos que relaciona la suposición. El saber mostrará sus puntos de falla y estos puntos de falla son los que se nombran, en posición disjunta respecto de la articulación de saber, como verdad. El sujeto, como deseante, indicado en las marcas de enunciación, será destituido de su lugar ya que su lugar es el de resistencia a un saber acéfalo de sujeto, el de la pulsión y el goce).

Lacan nos ha enseñado a pensar las cuestiones del análisis en términos de estructura. Desde esta perspectiva, el SsS, operación que sostiene la transferencia, es una equivocación, siendo su verdad el objeto a como causa del deseo, verdad que está operando (según lo desarrollado minuciosamente en el Seminario del Acto) desde el inicio. Pero si bien es pertinente plantear las cosas de esta manera no lo es menos resaltar el hecho de que un análisis, para efectivizarse, para ser efectivo, se desarrolla en tiempos. Pienso entonces en diferentes dimensiones de la presencia del analista según los tiempos del análisis.

Para que un análisis sea realizado se requiere de la presencia del analizante, de su cuerpo trasladándose hasta el lugar de la sesión analítica y de su palabra, la cual, articulada en los inicios bajo la forma de lo que lo aqueja en los síntomas, irá anudándose progresivamente en relación y respecto de la persona del analista. Es lo que técnicamente denominamos “neurosis de transferencia”, instauración que lleva su tiempo. Pero para que este proceso se despliegue no es menos requisito que el analista esté presente. Que haya acto de presencia. ¿En qué consiste esta presencia? Aunque resulte obvio es importante remarcar que si el discurso va anudándose alrededor del analista es importante que el analista “esté ahí, en su lugar”. Haga acto de presencia, no sólo recibiendo al analizante sino recibiendo su palabra y sosteniendo la transferencia de la que es objeto. No es lícito, aunque sea cierto, sostenerse en la posición de “Yo no soy ése que Ud. cree”, posición que responde a los registros imaginario/simbólico de la transferencia, porque esa posición es un evitamiento, cuando no un rechazo, de la transferencia en lo que este amor, y odio, tienen de real. (De allí que sea cuestionable la idea de que se puede continuar un análisis con otro analista. En rigor de verdad, cada análisis es singular; no sólo para el psicoanalista cada transferencia lo es, esto también es válido para el analizante).

La presencia del analista se delimita porque para él está excluido no estar allí. Ahora bien, esta presencia tiene un carácter particular. Freud llamó al modo de la presencia del analista “atención flotante”. Es la forma de presencia que se requiere del analista para que éste esté en condiciones de recibir la demanda que el analizante le dirige y el mensaje que esta demanda porta. El analista, incauto, dejándose llevar por la literalidad,

lee la letra del decir del analizante, eso que, por estructura, a éste se le pierde, se le escapa. Así entendemos la cita del Seminario XI: “...la diferencia que asegura la más segura subsistencia del campo de Freud es que el campo freudiano es un campo que, por su naturaleza, se pierde. Aquí es donde **la presencia del psicoanalista es irreductible**, como testigo, de esa pérdida.” ¿Por qué testigo? Porque dice, en su interpretación, algo que indica el lugar de enunciación de ese que habla, cosa imposible de decir para el hablante mismo. (“Que se diga, queda olvidado...”) Es por eso que no puede haber autoanálisis y es por eso mismo que la presencia del psicoanalista es irreductible. Allí, para atestiguar de lo olvidado, de aquello siempre exterior respecto a lo que se dice, se requiere la presencia del analista, presencia a cuyo cargo quedará relevar la dimensión de enunciación. Ahora bien, si esta presencia irreductible atestigua de algo, lo hace de lo que es la

estructura misma del acto significante, por eso **esta presencia es ininterpretable**, ya que no se interpreta la estructura; en todo caso se interpretan, algunos, tampoco todos, de sus efectos.

Lo que Freud pensara como la forma particular en que el analista está presente, la atención flotante, encuentra cierta equivalencia en el discurso de Lacan cuando éste reserva, para el analista, el lugar del “no pienso”. El analista queda arrinconado en ese lugar (si se pone a pensar ya no está en su lugar, sustrae su presencia de analista) y ese acto de presencia que lo precipita en el ser, en un falso ser, es lo que el psicoanalista ofrece al analizante como soporte del objeto “a”. “Cuando hablo del “falso ser” no se trata del ser engreído de lo imaginario. **Se trata de algo por debajo que le da su lugar**. Se trata de “no pienso” en su necesidad estructurante, en tanto que inscripto en este lugar de partida sin el cual no hubiéramos podido, el año pasado, articular nada de la lógica del fantasma.”. (Clase del 10 de enero de 1968. Seminario del Acto). Dos párrafos antes de esto que acabo de citar Lacan ha aclarado, a propósito del falso ser, que es el de todos nosotros y que hay que distinguir dos falsedades distintas. Para pasar inmediatamente a diferenciar el amor narcisista de la libido objetal. Me parece que esto se corresponde a dos modos de la presencia del analista, como semejante, y como aquél que, según lo desarrollado más arriba, si no sustrae su presencia a la incitación transferencial, quedará tomado en esta transferencia como soporte del objeto del cual, en el fantasma, el sujeto está agarrado.

Ahora bien, descartado que el analista se presente como semejante especular, tampoco se trata de eternizarse en hacerse soporte del objeto del fantasma. Porque el analizante debe perder este objeto, para tener, digámoslo así, una relación un poco menos neurótica con su deseo, perderlo en la experiencia del análisis, lo que implica también perder el análisis, terminarlo, llevarlo a su fin. No es tan fácil esta cuestión del fin del análisis y esto aparece dicho de diferentes maneras, ya sea de una manera pretendidamente más rigurosa cuando se dice que no hay matema del fin del análisis, ya sea lo que se puede leer en algunos testimonios por ejemplo en *Quartier Lacan* respecto a que el analista no puede garantizar que un análisis haya concluido.

¿Es posible situar algún modo de la presencia del analista relativa a lo que denominamos fin de análisis? ¿Es posible que este “**algo por debajo**” que da su lugar al i(a) como al objeto **a** se presente de alguna manera? Para abordar algo en este sentido no encuentro otra manera que hacer un rodeo por la cuestión del saber y la objeción, la falla, que esos puntos en que el sujeto habrá de confrontarse con su ser en tanto sexuado, hacen a este saber. Verdad de la cual, si se ha hecho realmente experiencia de ella, resultará una posición subvertida en relación al saber. Cuando insistimos en que el analista, en su interpretación, deberá tomar en cuenta los significantes que conciernen al analizante, ¿no es que puede hacerlo por esta particular relación a lo absolutamente *heteros*, relación aprendida en su propio análisis, relación que lo ha colocado en otra posición respecto del saber permitiéndole también deponer su narcisismo? ¿Y no deja pasar, en su acto, sin saberlo, algo que indica este *heteros*, esta alteridad, esto

que Lacan nombra “la presencia del sexo como tal, entendiéndolo en el sentido en que lo presenta el ser que habla, como femenino”? Pero más aun, ¿no deja pasar, también, su carácter de radicalmente *heteros*, el de él (o ella) como otro respecto de ese que lleva a cabo su análisis con él? ¿Y ese “**algo por debajo**” no es una referencia al cuerpo, al cuerpo en que se anudan las pulsiones pero también a la consistencia corporal en tanto cuerpo sexuado?

En el “Discurso de clausura de las Jornadas sobre psicosis infantil” Lacan sostiene que lo que instituye la entrada en el psicoanálisis proviene de la dificultad del ser-para-el-sexo.” E indica que, “ sólo al término del acto analítico la castración adquiere forma, pero cubierta por el hecho de que en ese momento el compañero se reduce a lo que yo llamo el objeto a. Es decir que el ser-para-el-sexo se ha de ensayar en otra parte.” Es la instauración de un límite en el análisis, un límite que no es a franquear. Es la liquidación de la transferencia, reestablecimiento de la demanda en su relación a la pulsión. ¿Es que no hay en la instauración de este límite otra vez presencia del analista como semejante, pero esta vez de otra manera? Ya no el semejante tomado en la relación especular con la tensión agresiva que le es propia sino uno y otro uno (que no hacen dos) y entre ellos, eso mismo que los separa: la alteridad del sexo, del goce, lo que se anota como objeto a, causa del deseo.

No es fácil indicar la forma en que de esto se hace experiencia ya que, llegados estos momentos, cesan las asociaciones. Sí creo que es posible indicar que no se llegará nunca a este punto si se da primacía absoluta al inconsciente y la interpretación, haciendo del análisis un proceso sin término. La dimensión simbólica de la transferencia no es toda la transferencia. Ya Freud indicó que lo más difícil era el manejo de la transferencia misma, creemos leer allí una referencia a lo real de la transferencia, allí donde se toca el cuerpo y las pasiones, la transferencia negativa en su doble vertiente, erótica y de odio. Enamoramiento. No es fácil hablar de esta dimensión de la experiencia, por otro lado la más real. Cierta pudor, cierta timidez toman la forma de una inhibición. Porque en esta dimensión el analista ya no es tan sólo una función, la abstinencia no se entiende como un “prohibido para el analista cualquier cosa que no sea interpretar” y la neutralidad vacila.

En el Seminario “El deseo y su interpretación”, Lacan dedica muchas clases del seminario a analizar un sueño de un paciente de Ella Sharpe. “Soñé que hacía un viaje con mi esposa alrededor del mundo, y llegábamos a Checoslovaquia, donde sucedían toda clase de cosas. Encontré una mujer en un camino, un camino que ahora me hace pensar en el que le describí en los dos sueños recientes en los cuales me dedicaba a juegos sexuales con una mujer en presencia de otra...” Es el paciente que tose antes de entrar al consultorio de su analista, avisándole que ha llegado, tos que queda asociada a la fantasía de ladrar como un perro para ocultar su presencia en un lugar en que se suponía no debía estar. El análisis, tanto de Ella Sharpe, como de Lacan es muy exhaustivo pero, para esta ocasión, lo que me importa remarcar es la interpretación de Lacan en el sentido de que toda la neurosis de este paciente está organizada alrededor de

su preservación del falo, que Lacan lee en la figura de su mujer, así como, en transferencia, en la figura de la analista. El problema de este paciente, según Lacan, y en esto difiere de Ella Sharpe, es que está detenido y lo está por su dificultad en “poner en juego la dama”. Poner en juego el falo, perderlo, para poder así tenerlo. Pero también, y sobre todo, conmover este lugar de identificación en que mujer y falo quedan identificados para él, conmoción que revelaría la castración del Otro.

Dice Lacan, en la clase 12 lo siguiente: “El sujeto no tiene, incluso él mismo, que arriesgar el falo, porque él está enteramente en juego en un rincón donde nadie podría soñar buscarlo. El sujeto no llega a decir que él está en la mujer y que, sin embargo, es en la mujer donde él es.

Quiero decir que es por eso que Ella Sharpe está ahí. No es especialmente inoportuno que ella sea mujer. Eso podría ser completamente oportuno si ella se diera cuenta de lo que hay que decir al sujeto, a saber, que ella está ahí como una mujer, y que eso plantea preguntas, que el sujeto ose ante ella, pleitear su causa.

Esto es precisamente lo que él no hace. Y es, precisamente, lo que ella percibe que él no hace, y es alrededor de ahí que gira ese momento crítico del análisis.”

Junio 2004

Presencia del analista, suscitación del objeto - Diana Vijnovsky

Voy a comenzar mi trabajo repitiendo una frase muy conocida de Lacan, del Seminario 11, con algunas modificaciones. El dice : “Si la transferencia es lo que de la pulsión aparta la demanda el deseo del analista reconduce la demanda a la pulsión y por esa vía aísla el “a”, y lo coloca a la mayor distancia posible del Ideal , o, del Sujeto Supuesto Saber que el analista se ve llamado a encarnar. Es esa idealización que el analista ha de declinar para ser el soporte del “a” separador.

Lacan presenta el deseo del psicoanalista como un deseo advertido en la medida que el psicoanalista ya ha hecho este pasaje de psicoanalizante a analista. Pasaje que tiene el estatuto de una experiencia, y se supone que sabe hacer con eso. Sabe de la destitución del S.S.S. y del encuentro con el “a”.

El acto del psicoanalista es antes que nada un acto de presencia . En el seminario del Acto encontramos esta afirmación: “ Allí donde yo lo (lo= un inconciente) pienso, es para ya no estar en mi casa. Ya no estoy allí en términos de lenguaje ,.....es un “no estoy “ en tanto que se dice . Es efectivamente eso lo que constituye su importancia....., como psicoanalista no puedo pronunciarlo.....Eso

es también lo que me arrincona en la posición del “no pienso” .O yo no soy o yo no pienso, Ello e Inconciente, yo no soy allí donde yo pienso pensarme, y yo no pienso allí donde soy, pasaje al acto de la alienación donde solo es posible elegir el no pienso. Bueno para aclarar un poco esta cuestión vamos a decir que ambos se desprenden del efecto de la “marca” ,o no soy esta marca o solo soy esta marca ,el no pienso es solo soy esta marca. El significante sobre el viviente, o sobre lo real marca, ese es el initium, y El rasgo unario llena la marca que el sujeto recibe del significante. Efecto de la marca es el efecto de la alienación sobre el sujeto, porque el significante no puede significar al sujeto. Entonces el “o no pienso” “o no soy” es un efecto de la marca. Por lo tanto cdo hablamos del orden significante hablamos de “Repetición”.Bueno esto era para aclara un poco el tema de la alienación.

Volviendo al tema de la presencia del psicoanalista, en un artículo de Jean Allouch “Presencia del psicoanalista suscitación del objeto” El dice que este acto de presencia del psicoanalista del lado del “yo no pienso” interviene en el análisis como suscitando el objeto causa del deseo del psicoanalista, y agrega, “ la presencia del psicoanalista tal como acabamos de delimitarla (no pienso)vale como aquello que no descuida lo que el analista plantea a título de acto”. El analista esta ubicado así en un falso ser y es lo que el analista ofrece , como soporte del objeto “a”.Con Freud es el acto sintomatico o el acto fallido el que vale como referencia para la problemática del acto . Sigue siendo reconocido como importante para Lacan pero manteniendo una distinción : Que el acto sintomatico es un acto significante en el que no debemos dejar de ver su faz de acto.Tomando por ejemplo el acto fallido, veamos un ejemplo de “Psicopatología de la vida cotidiana”.Una novia que pierde su anillo . desde la perspectiva simbólica podría querer decir “No estoy completa mente de acuerdo con este noviazgo” . La diferencia entre decir esa frase y el “acto fallido” se refiere a que el anillo esta efectivamente perdido ,nada puede ir en contra de eso, ni aun comprar otro anillo.

Recordemos además, que el acto solo se puede leer en el marco de la repetición, repetición que implica el doble bucle de la pulsion..Este trazado implica la repetición Freudiana de “Recuerdo repetición y elaboración”, repetir es un modo de recordar pero sin tener idea de que estoy recordando nada. Voy a leer a continuación un ejemplo de acto fallido tomado del capítulo 10 de “Psicopatología de la vida cotidiana “ de Freud : Dice Freud: “Prohibo a un paciente llamar por teléfono a la amante con quien el mismo queria romper, pues cada platica le enciende una nueva lucha por des acostumbrarse a esa mujer, Le impongo comunicarle su ultima decisión por escrito, aunque tiene dificultades para dirigirle cartas. Ahora bien, me visita alrededor de la una de la tarde para decirme que ha encontrado un camino que permitiría salvar estas dificultades, y entre otras cosas me pregunta si puede invocar mi autoridad medica. Hacia las dos de la tarde ya se ocupa de redactar la carta de ruptura, pero de pronto se interrumpe y dice a su Madre:”Oh he olvidado preguntar al Profesor si puedo mencionar su nombre en la carta” se precipita al teléfono, pide la comunicación y lanza por el tubo la pregunta: “Por favor ¿puedo hablar con el Profesor si ya ha terminado de almorzar?Como respuesta escucha un asombrado “Adolf te has vuelto loco?”, y venia de la misma

voz que por mi mandato no habría debido volver a oír. Meramente había “errado”, y en lugar del número del médico indicó el de la amada.

Bueno, y antes de adentrarnos en torno a estas cuestiones, bien valdría aclarar que para Lacan fuera de lo que llamo la manipulación de la transferencia, no hay acto psicoanalítico.

Quisiera recordar a continuación ciertos comentarios que hace Lacan en las clases del 22 del 11, y 29 del 11 del 67 en el Seminario del Acto acerca del acto analítico en su coalescencia con el acto sintomático. Él dice: “Este acto analítico es precisamente lo que estaría menos dilucidado por el psicoanalista mismo, mas aun, que es lo que estaría completamente elidido”, y mas adelante afirma “ es una dimensión común del acto no incluir en su momento la presencia del sujeto .El sujeto reencontrara su presencia en tanto que renovada mas allá del pasaje del acto”. Si el sujeto se representa por una banda de Moebius, el acto analítico se funda sobre el corte de la banda. Después del corte tenemos una banda de dos caras , aparece el espacio del deseo del sujeto. El acto analítico debe ser situado en el lenguaje , y encuentra su eficacia por el sesgo del equivoco significante, Lacan establece un vínculo entre el psicoanalista en sus actos de afirmación y el acto sintomático , y en relación a este último el menciona la boludez como sinónimo de desconocimiento frente a algo del orden de la verdad. Él dice:”Es indispensable captar la verdadera dimensión de la boludez-desconocimiento (deconait-dé-connaissance) siendo eso con lo que tiene que verselas el acto psicoanalítico” .

Aquí pasa de la intensidad a la extensión mencionando que en muchas sociedades psicoanalíticas se boludea- desconoce algo del orden de esa verdad. Por supuesto que el acto no va sin la lectura del mismo apres coup. En este sentido el psicoanalista se deja tomar en su acto para luego salirse de él y leerlo, sino Lacan no podría afirmar que no hay acto fuera de la” manipulación “ de la transferencia . Finalmente , y partiendo del acto en relación al acto sintomático y a la verdad , ella , la verdad se encuentra puesta en dificultades por esta deficiencia que experimenta en su acceso al campo sexual. Es el momento donde aparece el significante fálico en relación a las fórmulas de la sexuación.

Aquí quisiera detenerme un momento y traer una cita de Juan Molina extraída de un artículo del Conjetural 38 del trabajo titulado: “Argumentaciones del cogito freudiano”, Él dice: “ los llamados “ conceptos “ del psicoanálisis encuentran en el lugar del referente (un lugar nunca desestimado por Lacan) un real que se define precisamente por la imposibilidad de ser colocado bajo el régimen del Uno. La unidad del concepto sería tributaria de la posibilidad de asir el referente en el puño del conocimiento. Para Lacan el referente se ha esfumado y algo distinto, como arena ,se escurre entre los dedos, esa arena que el saber no puede recubrir como efecto de su propio funcionamiento en lo que en psicoanálisis llamamos la verdad”.....”el referente se ha pulverizado en el marco de una experiencia –la del psicoanálisis- que se desarrolla en el campo configurado por la multivocidad del significante.” En el Seminario del Semblant el falo ,significante a partir del cual se

despliega lo que conocemos como plus de gozar, o goce fálico , ubicado como Nombre (Beditung del falo) dara su sentido a lo que Lacan llama Metáfora Paternal, para terminar diciendo que Nombre del Padre es el Falo.”Lo que es nombrado Padre tiene una eficacia : alguien se eleva para responder” Y termina hipotetizando que es el que dice no al goce puro, goce propio del Padre de la Orda .Padre que dice ¡Goza! Y uno responde : oigo. Y aquí ubica un lugar posible al Superyo. En el periodo en que dicta su seminario “El sinthome” ubica al síntoma articulado al fantasma como sostén de la realidad psíquica. Dice :“Consecuentemente es necesario suponer la ligazón borromea como tetradica. En la ocasión el cuarto es el sinthome. Es también el padre en tanto que perversión no quiere decir sino versión hacia el padre , y el padre no es en suma , sino un síntoma o un sinthome, como quieran. El complejo de Edipo como tal es un síntoma en tanto que el Nombre del Padre es también el Padre del Nombre, y es como todo se sostiene ,lo cual no vuelve al síntoma menos necesario” Por supuesto cdo el dice Nombre del Padre nombra a un muerto (función simbólica), y cdo menciona al Padre del nombre creo que esta haciendo referencia al padre que juega el juego en el fantasma: pere-version .Recordemos el trabajo de Freud “pegan a un niño” de 1919.Aquí el se encuentra con la estructura perversa de la fantasía en la neurosis,y con el segundo tiempo , que esta reprimido y al que Freud arriba por construcción : “yo soy pegado por mi padre “. El padre del fantasma que pega , castiga al niño por sus deseos incestuosos no solo con respecto a la madre , sino con respecto a el mismo. Este pegar instala un goce con forma sádica y satisfacción masoquista .Aquí el padre esta ubicado en el lugar del objeto con el que se juega un goce posible pero acotado.Digo acotado porque al mismo tiempo al pegar marca con su instrumento significativo al sujeto y funda al sujeto del inconciente . Este segundo tiempo esta articulado a la represión primordial.

Como sabemos el analista forma parte del concepto de inconciente. El síntoma implica el retorno de lo reprimido ,y entonces se trata de pensar ese retorno articulado a la necesidad de cercar ese real del síntoma trabajando sobre el equivoco significativo. Real que solo podra bordearse hasta un punto imposible de atravesar , el que Freud llamaba la represión primordial.Y aquí quisiera leerles otra cita del Conjetural 38, pero esta vez de un trabajo de Sara Glasman que se titula “Una lógica de la Castración” , Ella dice: “El polo del “no pienso “ es instaurador del sujeto e implica funciones que lo poseen : pulsion, fantasma, identificaciones. El polo del “yo no soy” , solo abordable psicoanalíticamente, es el productor de lo fallido como lo mas verdadero del acto en sus relaciones con la verdad en el fundamento del síntoma”. Como dijimos la transferencia no va sin el amor, esta dimensión del amor va con la palabra pero no es homologa a ella. Las letras hacen nudo con las palabras pero no coinciden con ellas, o si ustedes quieren el hueso del goce es recubierto por el lenguaje pero no son lo mismo. Las letras son lo ilegible o lo que no esta hecho para ser comprendido. Es en torno a la cuestión del sin sentido que nos encontramos con lo que Lacan llama un decir .Decir diferente del hablar. El analista como formando parte del concepto de inconciente es entonces parte del nudo sintomático. En este sentido la presencia del analista no es palabra es limite al goce que por hablar se intenta recuperar. Entonces se

trata de desanudar ese nudo de palabras ,ese nudo sintomático, para que ahí donde se hablaba aparezca un decir en relación al analista como objeto.

Por otra parte en el texto de 1960 “La subversión sujeto” cuando el autor habla del Significante de la falta en el Otro, uno podría leer que allí ubica también el S1, Dice: “ El Significante de la falta en el Otro , es el primer significante que representa al sujeto para otro significante. Este significante será pues el significante por el cual todos los otros significantes representan al sujeto : es decir que a falta de este significante los otros no representan nada .Este significante no puede ser sino un rasgo que se traza de su circulo sin poder contarse en el . Simbolizable como un (-1) al conjunto de los significantes.” Y en “Encore” hablando del lado masculino de la sexuacion dice :”el \$ y el falo , que como significante es su soporte ,..... se encarna igualmente en el S1, que entre todos los significantes es el significante del cual no hay significado”. O sea que tal vez debamos pensar un abrochamiento posible entre significante falo, significante de la falta en el Otro y S1, lo cual talvez nos permitiría entender mejor el desanudamiento del que hablamos.

Por otra parte el S1 es el significante sobre lo real, o el viviente, ese es el comienzo. El yo primitivo de placer, expulsa lo malo y se incorpora lo bueno (La Negación-Freud). Y los destinos que Freud le da a la pulsion son: A) El trastorno hacia lo contrario (actividad-pasividad) B) La vuelta hacia la persona propia C) La Represión.En estas idas y vueltas del yo primitivo de placer en relación al Otro (Mdo. Externo) se estructura la Alineación –Separacion.Pero volviendo al dispositivo analítico , y retomando la demanda del analizante al Otro , es cuando la demanda se calla que la pulsion comienza...¿por qué no me respondió? ¿Qué me quiso decir? ¿por qué interrumpió antes? Presencia del “Che vuoi”.Y aquí retomo lo que trabajo Enrique Tenembaun en su presentación. La respuesta del Otro indica al sujeto de la enunciación. Se le pide al Otro que responda en términos de pulsion. En la Subversión del sujeto encontramos esta frase:” El neurótico, en efecto, histérico obsesivo, o mas radicalmente fóbico es aquel que identifica la falta del Otro con con su demanda . Resulta de ello que la demanda del Otro toma función de objeto en su fantasma , es decir que su fantasma se reduce a la pulsion” Vale decir entonces que la estrategia del neurótico lleva la demanda al lugar del objeto del fantasma, separando de la pulsion a la demanda.:” Pegan a un niño, no se mas”....

Septiembre 2002

Presencia del analista y Goce - Patricia García Marante

“Me despierto y veo una luz en el fondo de un túnel. La luz avanza y deja ver partes de un cuerpo inmóvil. No sé si es el mío. A medida que la luz crece el temor me invade. La luz avanza y de las tinieblas se ve más del cuerpo inerte. Tengo terror que la luz llegue hasta los ojos del cuerpo muerto. La visión de ese cuerpo hace perder todos los signos, todo el conocimiento, todas las palabras. A partir de la visión de ese cuerpo todo tendrá el valor de la primera vez. Me despierto justo antes de ver los ojos”. Una pesadilla de un analizante.

“...que ese sujeto dividido no es, no es sin —...-no es sin ese objeto finalmente arrojado al lugar preparado por la presencia del psicoanalista para que se sitúe en esa relación de causa de su división de sujeto...”(1). Lacan

Freud en forma expresa ubica la presencia del analista en un punto paradójico del análisis. Cuando el análisis avanza, en el momento de revelar su verdad, se detienen las asociaciones y surge una referencia a la persona del médico.

Como primera aproximación entiendo que presencia del analista nos propone de pleno una inmersión en la experiencia del análisis, a diferencia de otros conceptos que nos permiten recortarlos del campo donde operan.

Por un lado sabemos que no hay análisis que no se sostenga en una experiencia de dos. No hay autoanálisis. Es condición necesaria la presencia de un alguien que preste su persona al analista, aunque no sea suficiente.

Experiencia cuyo campo Freud descubre que es el de la transferencia.

“La transferencia se convierte entonces en el campo de batalla en el que están destinadas a encontrarse todas las fuerzas que se combaten entre sí”(2)

La regla fundamental organiza la experiencia, distribuye lugares e instala una asimetría fundante. Lugares que no son complementarios, por un lado el “diga lo que se le ocurra”, marca que en ese decir, habrá sentido. Allí ubicaríamos al analista como garante de sentido. La atención flotante plantea no ser incauto de proveer sentido a todo lo que allí se diga para hacer lugar al sin sentido estructural

del lenguaje. La atención flotante y su correlato la abstinencia recortan un polo de la experiencia, estructurado por la repetición. Se instala la neurosis de transferencia.

“A ésta versión nueva de la afección antigua se la ha seguido desde el comienzo, se la ha visto nacer y crecer y uno se encuentra en su interior en posición particularmente ventajosa, porque es uno mismo el que en calidad de objeto, está situado en su centro”(3)

Freud privilegia un modo de inclusión en la neurosis de transferencia que no es por el lado del sujeto o de la persona del analista. Se trata la de la puesta en función del \emptyset , donde se despliega la dimensión del amor de transferencia . Aquello que funciona como motor en la cura, y hace del analista, un modo de presencia *invisible* a quién habla, donde el discurso toma su dimensión escindida. El despliegue de la palabra la arborización del significante van haciendo a su deriva. No hay dos sin tres. Ni en el extremo del encuentro dual queda abolido el tres.

“... la enfermedad de la transferencia, en lugar de los diversos tipos de objetos libidinales irreales, aparece un único objeto también fantaseado: la persona del médico”(4)

La persona del médico entonces, tiene que ver con ese alguien que ocupa el lugar del analista y a la vez, no tiene que ver con ese sino con el lugar que ocupa. Un plus, construido en el campo transferencial, el SsS.

Decíamos que la transferencia da lugar a la repetición. Donde se abre paso ese *ser impersonal* que se satisface en su propio recorrido. Lo pulsional que no respeta otros límites que los de transferencia sin distinción de cuerpos o de sujetos. ¿Es goce de analizante? ¿Es goce del analista? Diremos mejor es goce del A.

La privación (*versagung*) del objeto de la satisfacción dirá Freud hace que se vea *obligada* a buscar otros objetos y otros caminos.

“Por el rodeo a través del inconciente y de las antiguas fijaciones, la libido ha logrado por fin abrirse paso hasta una satisfacción real, aunque extraordinariamente restringida y apenas reconocible ya”(5)

Entonces es a condición del enlace al significante ya que el inconciente está estructurado como un lenguaje que la satisfacción alcanzada es *restringida*. El goce del blablablá o goce fálico. El \emptyset (Otro barrado) como tesoro de los significantes, crea la imposibilidad de la satisfacción completa a lo pulsional. La compulsión a la repetición pone en cruz la posibilidad de relación que el significante promete.

La pesadilla nos pone sobre la pista del goce del Otro. Lacan nos dice que la pesadilla es *una demanda primordial* - y aclara – *en el sentido de exigencia pretendidamente instintiva* . No hay un sujeto para ese goce, ese ser impersonal por excelencia no es ni la primera ni la segunda ni la tercera persona.

La pesadilla como *demanda instintual* se ubica en un lugar límite.

“...ese ser que hace sentir todo su opaco peso de extraño goce sobre nuestro pecho, que nos aplasta.”(6)

En el devenir onírico algo irrumpe que le da esa especial característica a la pesadilla de ser extremadamente real. Lo vívido de la pesadilla sacude al cuerpo del soñante. Freud lo entiende como falla de la desfiguración onírica (desplazamiento, condensación y figurabilidad). Nosotros con Lacan diremos impase a la retórica del inconsciente. El guardián del dormir sólo podrá hacer despertar...para seguir soñando.

Presencia del a-nalista:

En Recuerdo, Repetición y Elaboración, de 1914, Freud plantea que lo que el paciente no consigue recordar vía asociación libre, fiel al movimiento pulsional que no cesa de aspirar expresión, se pone en acto en la transferencia.

Se pone en acto, se actualiza, se hace presente. Esta es la dimensión temporal del trauma, el trauma como real es siempre presente. Entendemos que ésta puesta en acto en el campo transferencial es la que Freud plantea como *nadie puede ser ajusticiado in absentia o in effigie*.

El analista es tomado en el campo transferencial por lo pulsionante que la abstinencia vectoriza. Un rasgo de la persona del analista la voz, un gesto un “algo” que hace lugar a lo imposible de decir.

Presencia que se situaría en el punto límite de la representación. Donde la falta estructural del lenguaje, lo imposible de decir adquieren consistencia.

La brújula que orienta sobre la presentificación en ese rasgo de ese etwas (algo) que toma Lacan como soporte discursivo para presentar el objeto **a**, *lo inasimilable a la función significante*, es la angustia de analista. Única señal que no engaña.

“ **a** simboliza aquello que, en la esfera del significante, siempre se presenta como perdido, como lo que se pierde para la significantización. Ahora bien, justamente ese desecho, esa caída, lo que resiste a la significantización, viene a constituir el fundamento del sujeto deseante”

“un querer hacer entrar ese goce en el lugar del Otro como lugar significante, es allí, por ésta vía que el sujeto se precipita se anticipa como deseante”(7)

La presencia del analista, es para prestarse a ese paso. Paso que pone en relación dos ordenes heterogéneos construyendo un litoral.

Una presencia del analista, que por un lado presta “ser” (semblante) al objeto, o podríamos tomar el epígrafe del seminario del Acto y decir *prepara el lugar* donde el objeto residual de la operación subjetiva irá a parar. Por otro soporta el tiempo de la angustia.

“El tiempo de la angustia no está ausente, en la constitución del deseo, aunque ese tiempo esté elidido, no sea reparable en lo concreto, es esencial”(8)

El analista habrá partido de allí, de la angustia, si produjo su acto. Este acto que podríamos llamar de nominación, que permite que algo de lo que “no cesa de no inscribirse” lo pulsionante “cese de no inscribirse” enlazado al significante y por lo tanto al sujeto. De la operación queda un objeto residual que relanza el movimiento. La angustia de analista separa goce de deseo.

No hay presencia del analista sin acotar el goce. La presencia del analista prepara el lugar a donde advendrá el objeto caído como resto de la operación de producción de un \$ deseante.

Julio 2004

(1) Clase 21/02/1968. Seminario del Acto. J. Lacan

(2) 28ª La terapia analítica. Conferencias de Introducción al Psicoanálisis (1915-1916) S. Freud.

(3) 27ª La Transferencia. Idem

(4) 28ª La terapia analítica. Idem

(5) 23ª Los caminos de la formación de síntomas. Idem

(6) Clase 12/12/1962. Seminario de La Angustia. J.Lacan

(7) Clase 13/03/1963. Idem

(8) Idem

Presentarse en silencio - Enrique Tenenbaum

1) Desdoblamientos preliminares

En los tiempos que corren, y en nuestro medio, Buenos Aires 2004, no se nos acusará de osados si afirmamos que una gran mayoría de los practicantes de la palabra está advertida de que hay analistas. Aunque no se sepa bien qué cosa eso quiere decir: que haya analista, el estar advertido.

Porque si advertido se desliza a prevenido, bien puede que ese prevenido lo sea de la experiencia del análisis.

Pero seguramente no afirmaríamos con igual seguridad que la mayoría de aquellos esté advertida de la existencia de l'inconciente.

La práctica de las entrevistas preliminares se sitúa en esta lógica: que el consultante resulte advertido –por esa experiencia, la suya- de la existencia de l'inconciente [i]. Y que no lo presupongamos a nuestra vez. En efecto: la máxima freudiana de comenzar cada análisis como si nada supiéramos no tiene más objetivo que el sorprendernos una y otra vez de la eficacia de l'inconciente en su ocurrencia.

Como ocurre en la experiencia dramática, el actor conoce el argumento y los cuadros de la obra, pero no es igual para su personaje. El personaje no alcanza los términos ni el desenlace de su destino sino a través del recorrido de la obra teatral, en los tiempos que el texto lo proponga y según el poeta lo disponga.

Que Lacan recibiera analizantes en fulgurante transferencia no nos conduce a suponer lo mismo para nuestros consultantes. La sala de espera –o la espera simple y llana- o la condición de practicante del análisis para quien consulta no igualan más que el entorno escénico, y de ningún modo son signo de que se esté advertido de la división subjetiva.

Si las entrevistas preliminares tenían para Freud un sesgo diagnóstico –entendiendo que el diagnóstico lo era acerca de la capacidad de instalación de la transferencia-, en cambio para Lacan consistían en el recorrido que va de la primer entrevista hasta aquel tiempo en que el que habla no se dirige más a la persona del analista, y por tanto éste le denegará la entrevista cara a cara.

Como se aprecia, Freud parece cargar las tintas sobre el paciente, Lacan sobre el analista. Pero, bien entendido, sobre el analista en tanto forma parte del concepto de inconciente. No se trata de la espera por el significante de la transferencia ni de ningún tipo de signo a ser leído, sino de la evidencia –en él, en tanto que escucha, de que no es a él a quien el que habla se dirige [iii]. No a él, claro que no sin él,

primera duplicidad del término “analista”, entre quien ofrece –y paga con- su persona y el lugar que ocupa en la transferencia.

Comenzar cada análisis olvidando lo que se sabe es también la primer operación por la cual se formulan las reglas del campo analítico –no las del encuadre, si éstas no están a su servicio- ya que es una maniobra de transferencia respecto del saber: el consultante se dirige a aquel al que le supone disponer de un saber sobre lo que le pasa –al consultante, claro-, y el consultado responde con un cambio de vía de una manera tal que el saber no se alojará en el lugar que esa expectativa albergaba. No es que rechace la demanda en relación al supuesto saber, sino que la alojará en un casillero por entonces vacío: *diga lo que se le ocurra... ahí surgirá el saber... como producto* .

No hay en eso rechazo alguno al saber, sino una inversión temporal: el saber no está constituido, sino que es a producir.

El valor de “olvidar lo que sabe”, ciertamente, no consiste en ninguna técnica para saber olvidar, ya que eso implicaría nuevamente la disposición de un saber. Se trata más bien de la suspensión del saber a la espera –si ocurriera- del encuentro fallido con l’inconciente, en una suerte de repetida distychia inaugural . Es en este sentido que entiendo que Lacan afirme que el analista está verdaderamente comprometido en la transferencia. No que está comprometido su ser, ni su persona, ni su trascendencia, ni su lugar en la comunidad analítica ni en el mercado de las transferencias, sino por cuanto se sorprende preocupado por la transferencia en forma inesperada, y responde a eso con un signo de asentimiento [iii]: no se priva de enunciar la regla fundamental.

De ahí en más –diríamos- espera lo esperable: lo esperable por Freud era que las asociaciones fluyan a borbotones en un rápido afán del sufriente por desligarse del síntoma. Ahora que la persona del analista no hace obstáculo a la lectura, ahora que el analizante se ha convertido en una suerte de lacanoamericano de l’inconciente, ahora todo debería marchar sobre rieles, sobre los rieles del significante.

Pero ocurre que no.

Ocurre que a Freud sus histéricas le enseñaron otra cosa: que no había en la voluntad de cura tanto énfasis como ganancia de placer había en el síntoma, y que éste no se ofrecía al psicoanalista tan fácilmente como al hipnotizador. Entonces las asociaciones se relajaban, se espaciaban, se dormían, se detenían por completo, como un tren que aminora su marcha hasta detenerse a un centímetro apenas de atropellar lo que se opone en cruz a su marcha triunfante.

Y en ese detenimiento, en esa obstinación por conservar un mínimo de dolor, un aliguito de molestia, un quantum de sufrimiento, la boca se cierra, la lengua se paraliza, el universo se colapsa, el aire se espesa.

Freud, poniendo en sus palabras la fuerza mágica de la imposición de manos se abalanza, sobre la resistencia, seguro de vencerla. Pero, para su sorpresa, se encuentra con una resistencia aun más férrea, paradójica: lo que hace reanudar la marcha de las asociaciones recién detenidas es una burla a la razón del bien sostenida en el *furor curandis*. Lo que fluye en las palabras del paciente es una referencia a la persona del analista, al consultorio, una mirada repentina sobre algún detalle de los muebles, el reparo en un gesto, en un imperceptible ruido, en el chasquido de los dedos, el aroma de una pipa, en fin... los emplastos de bosta en los ojos de la hija.

La transferencia, en suma, al servicio de la resistencia, se acuerda de lo que el sujeto olvida.

Pero... ¿No era, acaso, que no era a él a quien se dirigía? Olvido del olvido.

Como dice la canción: *se me olvidó que te olvidé, se me olvidó que te dejé, y la verdad no sé por qué se me olvidó que te olvidé... a mí que nada se me olvida*.

Freud, ciertamente, da a este fenómeno el carácter de principio rector del análisis en lo que a la transferencia se refiere. Aquí el conocido párrafo de *Sobre la Dinámica de la Transferencia*

... sigue constituyendo un enigma por qué en el análisis la transferencia nos sale al paso como la más fuerte resistencia al tratamiento, siendo que, fuera del análisis, debe ser reconocida como portadora del efecto salutífero, como condición del éxito. En este sentido, hay una experiencia que uno puede corroborar cuantas veces quiera: cuando las asociaciones libres de un paciente se deniegan –me refiero al caso en que efectivamente faltan, y no cuando se las silencia debido a un trivial sentimiento de displacer-, en todos los casos es posible eliminar esa parálisis aseverándole que ahora él está bajo el imperio de una ocurrencia relativa a la persona del médico o a algo perteneciente a él. En el acto de impartir ese esclarecimiento, uno elimina la parálisis o muda la situación: las ocurrencias ya no se deniegan; en todo caso, se las silencia.

Dejaremos para un poco más adelante la distinción implícita entre los dos tipos de silencio que Freud menciona, para señalar que nosotros, a diferencia de Freud, sirviéndonos de su experiencia, nosotros no esperamos la mención efectiva, la imagen reconocida, el signo preciso de la ocurrencia referida a nuestra persona o algo que nos pertenezca, para estar advertidos que el analizante se dirige al analista cuando habla, en toda ocasión. Toda fantasía está dirigida al analista, no sólo la que amanece en la aurora resistencial.

Es de nuestra práctica considerarnos el objeto en su sintaxis, el destinatario final en su palabra y la causa eficiente en su sufrimiento, y he ahí un saber que el analista no olvida: que en tanto el analizante recibe nuestra palabra como

proveniente del lugar que tenemos en la transferencia, es a nosotros a quien habla, es por nosotros para quien sueña, es por nosotros por quien sufre. La nominación freudiana para esto es la de *Neurosis de transferencia* .

Por cierto que no haremos lugar a refregarle en la cara semejante error de persona. No es sólo que repita su cliché sobre el soporte que tiene más a mano. No. Es que, enseña Freud, nadie puede ser vencido en ausencia o en efigie.

Pues bien, no somos nosotros sino nuestra vicisitud. Presencia de lo ausente, efigie de lo no representable.

2) Silencios

Cuando las asociaciones cesan Freud considera –al menos- tres derivas clínicas: una, la señalada recién, la mención transferencial. Otra, la comunicación de la aparición de una imagen hipernítida, por último la enunciación de una frase fantasmática.

Entiendo así que la mención transferencial es uno más de los casos -una de las declinaciones- que siguen a la interrupción de la comunicación de las asociaciones debido a su falta efectiva. Es la reanudación del hablar por parte del analizante - cuando por el cierre del inconsciente queda suspendida la división por el significante y por ende la función sujeto supuesto saber- la que anuncia el olvido del olvido, haciendo lugar a una de las figuras de la presencia del analista. Será a precisar si esta presencia es tan sólo una forma más de declinación de la presentación del objeto o si –en cambio- admite alguna particularidad.

Efectivamente, las tres referencias freudianas al cese de asociaciones conducen al objeto. Véase esta consideración de Freud en *Construcciones en análisis* :

Concluiré esta breve comunicación con algunas puntualizaciones que abren una perspectiva más vasta. En algunos análisis noté en los analizados un fenómeno sorprendente, e incomprensible a primera vista, tras comunicarles yo una construcción a todas luces certera. Les acudían unos vívidos recuerdos, calificados de «hipernítidos» por ellos mismos, pero tales que no recordaban el episodio que era el contenido de la construcción, sino detalles próximos a ese contenido; por ejemplo, los rostros -hipermarcados- de las personas allí nombradas, los lugares donde algo semejante habría podido ocurrir o, un paso más allá, los objetos que amoblaban tales lugares, de los cuales, como es natural, la construcción nuestra no habría podido saber nada. Esto acontecía tanto en sueños, inmediatamente después de la comunicación, cuanto en la vigilia, en unos estados parecidos al fantaseo. Nada seguía luego a estos recuerdos; parecía verosímil concebirlos como resultado de un compromiso .

La referencia a los rostros, los lugares, los objetos, y el que nada siguiera a esos recuerdos nos coloca en una situación similar a la notada antes, y económicamente identificable: en cuanto el análisis se acerca al núcleo patógeno, digamos hoy al velo último del objeto, cesan las asociaciones y no por cuanto se callen, sino por cuanto se abisman a lo no decible, a lo que por idéntico a sí mismo podría a sí mismo significarse, si fuera significante. ¿Podría la imagen hipernítida –también, claro, la del retrato del autor en Signorelli- considerarse al modo de la homofonía, como la fórmula de la trimetilamina, en tanto letra?

Otro lugar en el que Freud hace lugar al detenimiento asociativo es en *Pegan a un niño*, en donde la frase fantasmática ajena a toda dialéctica se cierra en su idéntico enunciado:

En aquellas fantasías más tempranas y simples, que no mostraban relación ninguna directa con las impresiones escolares o las lecturas del niño, la investigación trató de llegar a un más profundo conocimiento. ¿Quién era el niño maltratado? ¿El sujeto mismo de la fantasía u otro niño distinto? ¿Y quién era el que maltrataba al niño? ¿Una persona adulta? Y entonces, ¿qué persona era ésta? ¿O imaginaba el niño ser él mismo quien golpeaba a otro? Todas estas interrogaciones recibían la misma hosca respuesta: «No sé...; pegaban a un niño.»

En las tres situaciones puestas así en serie se destaca que no se trata de un callarse la boca, no hay tampoco censura en el sentido propio del término, sino que hay efectiva falta de asociaciones. Freud distingue los dos casos con precisión, y es Lacan quien los resitúa en relación al objeto vocal: Lacan nos presenta la diferencia entre *sileo* y *taceo*, entre aquello que es del orden del silencio –el silencio de los dioses, de los astros- y lo que se abandona a lo tácito, lo que se calla. Lo hace en *La Lógica del Fantasma*:

Escribir, como se lo ha hecho, que es vano buscar en mis Escritos cualquier alusión al silencio, es una estupidez. He escrito la fórmula de la pulsión, arriba a la derecha del Grafo como \$ {} D, es cuando la demanda se calla que la pulsión comienza. Pero si no he hablado en absoluto del silencio es porque *sileo* no es *taceo*. El acto de callarse no libera al sujeto del lenguaje a pesar de que la esencia del sujeto culmine en este acto; si ejerce la sombra de su libertad, el callarse permanece cargado de un enigma que ha hecho pesar tanto tiempo la presencia del mundo animal. No tenemos de eso huellas más que en la fobia, pero recordemos que hace mucho tiempo se ha podido ubicar ahí a los dioses.

Hay un callarse ligado al enigma, lo que nos conduce a la intervención del analista. Pero para que el callarse vaya al lugar del enigma será necesario que la marcha del análisis lo lleve a ese lugar, como enseguida veremos.

Más adelante Lacan propondrá una variante sobre la oposición, al sustituir *sileo* por *silet*. En efecto, la tercera persona en la conjugación entra aquí como la

alteridad misma. El silencio en tanto sólo puede “hacerse” en otro lugar. Nadie podría resultar sujeto gramatical del silencio sino –en todo caso- sujeto del silencio de otro, de otro lugar. En particular, porque sonido –o grito, o demanda- y silencio no conforman ninguna gestalt, no son del mismo orden, no son pares de opuestos, sino que el silencio es producido por el grito que cesa, causado por el llamado que calla. El silencio no es el fondo en el que las palabras toman su lugar –como algunos pacientes dice que lo sufren : *no soporto el silencio* ... y se ponen a balbucear, como si manchándolo de ruidos lo convirtieran en nunca advertido- sino que es producto, punto de llegada.

Evoquemos aquí la aparición del silencio en la escritura musical para señalar que no se trata en el silencio de la ausencia de emisión sonora por parte del ejecutante –bastaría para ello dejar en blanco el espacio correspondiente en el pentagrama- sino que es indicado como una nota más, a ser “tocada”. No toma el mismo valor el “hacer silencio” del auditorio antes que vibren los primeros acordes de la obra, que el silencio entre movimientos, que en los momentos previos al fin el tenso silencio que reclama por la resolución de la obra, que el silencio final velado por los aplausos o los abucheos. Si el “hacer silencio” previo hace lugar al espacio sonoro que la obra llenará con su arte, el silencio musical es –también- producido por la polifonía que cesa.

3) Los silencios del analista

Cabe ahora considerar, al fin, por fin, cómo juega el silencio del analista. Ligado al enigma y a la pulsión, no será igual en el tiempo de las entrevistas que en el curso de un análisis.

La instalación de la transferencia requiere de un tiempo de trabajo al cabo del cual se producirá –como dijimos- el desdoblamiento entre la persona del analista y el lugar que le espera en la neurosis transferencial.

Los dos pisos del grafo permiten su lectura: en el piso inferior el hablante recibe del Otro su propio mensaje en forma invertida, siendo este Otro atribuido al analista en tanto semejante. En este tiempo no habrá margen para que el silencio tome otro lugar que la no respuesta o la falta de cordialidad. En efecto, no se trata ni de empatía ni de simpatía sino de sostener la posibilidad de la escena fantasmática a desplegarse en los términos en que esta pueda tener lugar, es decir en el soporte escénico con un semejante.

En este tiempo no habrá un callarse por parte del analista que pueda ir al lugar del enigma o de causa del decir. No habrá silencio del analista, sino un mero callarse, en tanto aunque la función sujeto supuesto saber esté en funciones por cuanto se habla, mientras la entrevista tome la forma del diálogo los tres términos de la fórmula no estarán aun distribuidos, desplegados según las dimensiones de la experiencia del análisis.

Hay momentos privilegiados de viraje en la práctica de las entrevistas en los que se puede verificar la conmoción de la suposición de saber en lo que atañe, sobre todo, a la suspensión de la atribución del saber a la persona del analista y, consecuentemente, a una oscilación respecto de la función sujeto. Es cuando se calla una asociación sobre el analista –justamente al contrario de los ejemplos freudianos- y que no es sobre su persona ni sobre su entorno ni sus objetos, sino sobre su –por el momento dicho así- intención. “¿qué me quiso decir?”, “¿por qué no me respondió?”, “por qué interrumpió la sesión antes”, o “justo ahí”, “¿se equivocó, no sabe cómo se llama mi...?”, “¿se olvidó de...?”.

Como se ve, la fórmula, repetidamente interrogativa, suspende todo orden de certeza –claro, el carácter diagnóstico de las entrevistas requiere despejar toda paranoia vera- aloja la duda y toma la forma de una pregunta, la cual tenga el texto que tuviere la leemos como *Che vuoi ?*. En otros términos, la falta de respuesta del Otro aun no habilita su tachadura –la prepara- marcando un más allá de su infalibilidad, bajo la forma de algo enigmático, y por tanto a interpretar – en él.

Conducidos así por el avance del discurso a leer -lo que acontece- con el segundo piso del grafo, el callarse del analista toma otro lugar una vez que es sancionado también en otro lugar el decir del analizante, y por eso el diván. Y no sólo por cuanto la falta de respuesta a la demanda o el callarse pueden tomar el lugar – ahora ya instaurado- de un *taceo* que habilita cualquier respuesta fantasmática al *che vuoi ?* –en efecto, que algo quiso decir, que interrumpió, que se equivocó, que cortó justo, etcéteras, son respuestas fantasmáticas- sino que se sostienen –ahora sí- en la lógica de la castración: el callarse del analista va al lugar, justamente, de la falta de significante. O, más precisamente, del significante de la falta en el Otro, presentado aquí bajo la forma de falta de significante.

En cuanto al silencio, ya no el producido el hecho de no responder, sino el silencio que se habilita como tal por cuanto ha sido causado por un trabajo de la palabra en su emisión efectiva, ahora sí podemos considerarlo como *silet*, como lo que en el Otro no es sino silencio, no por callarse sino porque el que responde ya no es tomado desde el lugar del Otro del significante, sino desde su relación a la pulsión.

Aquí se detiene mi recorrido, en un punto para mí difícil de aprehender, que es donde se me hace necesario distinguir entre el silencio del analista como objeto – pulsional, nuclear de la neurosis- causa del decir, y el silencio del analista como objeto de la pulsión de muerte que sólo se hace oír bajo la forma de la pulsión de destrucción.

Pienso, con más dudas que certezas, que se podría seguir por lo que en el Seminario XI, en la última clase, dice Lacan:

Para darles fórmulas referenciales, diré: si la transferencia es lo que, de la pulsión, aparta la demanda, el deseo del analista es lo que la restablece. Y por esa vía, aísla el **a**, lo coloca a la mayor distancia posible de la **l** que él, el analista, se ve

llamado por el sujeto a encarnar. Es de esa idealización que el analista ha de declinar para ser el soporte del a separador, en la medida que su deseo le permite en una hipnosis al revés, encarnar, él, al hipnotizado.

4) Conclusiones

Entiendo que el término “presencia del analista”, tomado restringidamente respecto del objeto vocal en tanto silencio, puede distribuirse según tres dimensiones.

La primera atañe a la persona del analista, al hecho de pagar con su persona en el sostenimiento del análisis, lo cual toma un especial relieve en el tiempo de las entrevistas preliminares, y que sitúa su presencia en tanto un semejante que no rechaza la imagen de encarnadura del Otro. Si bien no calla, tampoco olvida que se trata sólo de palabras.

La segunda corresponde a la interpretación, realizada más bien bajo la forma del enigma que de la significación. El silencio puede tomar aquí el valor de *taceo*, o mejor de *tacet*, ya que será leído desde el analizante. Donde el silencio no toma ya el cariz de ausencia de emisión fónica –podría decir sonora, pero lo sonoro es siempre significante en nuestro campo- sino de falta de significante.

Por último, el silencio del analista en tanto objeto causa del decir, *sileo*, *silet*, ligado a la pulsión, y modulado por la función deseo del analista.

Abril de 2004

[i] Escribo así / *inconciente* puesto que no resulta distributivo (mío, suyo), ni sujeto a género (el, lo), ni sustantivizado.

[ii] La subversión freudiana supone que el que habla no sabe lo que dice, no sabe quién lo dice y, además, no sabe a quién se lo dice. Afirma Lacan en el Seminario VI que *en resumen: la situación del sujeto a nivel del inconsciente, tal como Freud lo articula, no soy yo, es Freud quien lo ha articulado, es que no sabe con quién habla*

[iii] este signo comporta una dualidad, es signo de instalación de la transferencia tanto como de aceptación del analista de jugar el papel que le toca en el asunto. No será homólogo de lo que ocurrirá al fin del análisis, cuando no habrá lugar a asentimiento alguno por parte del ¿aun? analista. Véase para esto Guy Le Gauffey: La depuesta del analista.